



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

## EL SECRETO

Novela

Escrito el año 1977

Primera edición electrónica 2006

\*  
\*  
\*

Editor © Rolando Diez de Medina, 2006  
La Paz - Bolivia

"Lo alcanzó, mas no podía transmitirlo. Dibujó, entonces, el camino sinuoso recorrido. Y de un vibrar de alas brotaba el invisible mando: "¡Guárdalo, guárdalo! No debe ser revelado.

"Muchos siguieron la misma búsqueda, pero sólo uno le halló término."

"Porque está escrito: te acosarán pesadumbre y frustraciones, zozobra y desaliento, antes que el Rayo de Zafiro alumbre la inmortal consigna."

El Maestro del Ande

(En el "Libro de la Oscuridad y de la Luz")

### I

El ocultista me contempló con lástima:

— No, no lo hagas —dijo— será inútil. Yo también fracasé; como muchos. De los encuentros que tuvimos, deduzco que careces de la fe diamantina, de la voluntad inquebrantable, de la pureza de alma para emprender el Gran Camino.

Herido en mi vanidad reaccioné prontamente:

—No me conoces lo suficiente para juzgarme con acierto. Si dudo es porque creo. Si vacilo me recompongo. Si las cosas del mundo me soliviantan, el dios interior me purifica.

Repuso el ocultista:

—Es probable que me equivoque, pero los signos celestes y la geometría de los rasgos térreos indican murallas de hielo acaso infranqueables...

Interrumpí airado:

— No creo en horóscopos adversos. Venceré en mi empeño.

El otro sonrió alzando las cejas:

— ¿Cómo podría yo enseñarte el camino que conduce al Gran Secreto?

— Tu ciencia es mucha. Me enseñaste innumerables conocimientos. Creo en tu poder de guía e iluminación.

El ocultista agregó irónico:

— Si confías en mi debes respetar los signos. Por ahora te son contrarios. Podrían cambiar. Más lo que pides está más allá de mis fuerzas. Te repito: ¿cómo podría indicarte la senda o la forma para alcanzar el secreto del universo? Sólo uno lo sabe: Dios, y él no explica su esencia ni transmite su saber. Está por encima de nuestra comprensión. Aunque la oración nos aproxime a su bondad suma, nada hay que pueda acercarnos a la explicación de su grandeza. No sabemos si el universo fué creado por él, si con él se unimisma, si fuga vertiginosamente libre de sujeción a la divinidad. Si Dios no es definible, tampoco el universo se explicita. El lenguaje de su poderío viene cifrado.

— Cierta vez me dijiste que algunos hombres superiores descubrieron su enigma.

— Lo pienso, aun sin tener certeza. Es posible que los místicos cristianos, los sufíes, y algunos grandes poetas y pensadores, de diversas razas y religiones, hubieran levantado el Velo de Isis, primer símbolo de la revelación antigua. Sí: tal vez Pitágoras, Empédocles, Laot-Sé. Paracelso, Novalis, Attar absorbieron los rayos del saber oculto, mas si llegaron a la comprensión final callaron, porque sabían que no en el mundo exterior si no en el abismo íntimo se tiende el camino de los enigmas.

Insistí, porfiado:

—Sabes mucho pero no contestas mi pregunta. ¿Que camino debo seguir y a qué reglas sujetarme en la búsqueda de la Verdad?

El oculista, grave, contestó:

— Todo es secreto, nada absolutamente hermético. Lo que está arriba, está asimismo abajo. Desde el maestro Hermes hasta el incógnito Narayan no se avanzó mucho porque así debe ser: todo se mueve, cambia, se aleja, retorna. Es y no es a un tiempo mismo. Marchamos a la luz olvidando que la oscuridad está detrás de nosotros. Queremos saber más y más sin entender por qué, cuanto más abarca, nuestra visualidad mental replica: menos y menos. Llamamos verdad a esa fuerza brotada de nosotros mismos, que nos sirve para fijar nuestras ideas y esclarecer la comprensión de los fenómenos. Ella es tan relativa, tan distinta, según la constitución personal y la posición del juzgador. ¿Cómo intentas alcanzar a descubrir el mensaje del universo, cosmos o célula, si ni siquiera sabes que eres tú ni a que has venido?

— No escondo mi ignorancia; empero me obstino en mi propósito: tiene que existir un arcano de arcanos y voy tras él.

El otro profirió lentamente:

— Sin duda, existe. Los caminos para aproximarse son varios. Existe uno, sin embargo, predilecto de los insignes buscadores. No puedo señalarlo por que deberás hallarlo por ti mismo.

— Me dejas la esperanza sin entregarme el hilo que a ella conduce.

— Aprecio tu inquietud, la inmensidad de tu ambición. Pero si te atienes a mis advertencias podrías extraviarte. Algún día comprenderás que te ayudé mejor con mi silencio.

Yo lo miraba desconfiando:

— Siempre fuimos amigos. ¿Por qué ahora que me ves en el trance de la gran partida te niegas a guiarme?

El oculista me miró sorprendido:

— ¿No lo has comprendido? En cierta forma ya estás iniciado. Ahora te toca conducir sin ayuda. Si continuara a tu lado aumentaría tu turbación.

Confuso pregunté:

— ¿Debemos separarnos?

El ocultista dijo:

— Es el momento indicado. Debes salir de la exploración mental para recorrer el mundo exterior. A veces, mirar, enseña más que el meditar.

Aventuré la interrogación final:

— ¿Lograré mi propósito?

El fiel amigo dijo:

— Estamos destinados aun sin estarlo. Conseguir es fenecer. ¿Por qué te preocupa el futuro? Mira, actúa en el eterno instante: sólo él es valedero. Toda meta inaccesible únicamente para el pusilánime. Ve tranquilo, hijo. Por grandes que sean los peligros que te aguardan, si avanzas valerosamente hacia el arcano, también el arcano estará viniendo hacia ti.

El vacío se abría insondable ante mis ojos.

## II

Inicié mi andadura animoso y contento.

Pasaba casi huyendo de las ciudades porque en las ciudades ya no existe el misterio. Me atraían más los caminos, los campos, los pueblos donde el hombre recupera el sentido íntimo de las cosas y siente la vibración poética del mundo.

Comenzaba apenas mi aventura, sin itinerario fijo, sin premuras de tiempo, ignorando rumbo y destino como si una fuerza oscura me llevara de la mano. Alternaba con toda clase de gentes. Otras veces, solitario, me limitaba a ver y absorber. Ni techo, ni alimento, ni vestido me obsedían: estaba provisto para una larguísima jornada. Los días transcurrían henchidos de novedad y de sorpresas; las noches calmas, pasajeralemente turbadas por sueños de ansiedad en los cuales una voz escondida repetía: "no lo alcanzarás, no lo alcanzarás". Pero el amanecer ahuyentaba la duda y reanudaba la marcha pleno de energías.

El primer desfallecimiento sobrevino al cabo de algunas semanas. ¿Hacia dónde me encaminaba? ¿Cuál era el sentido de este vagar sin brújula? ¿Cómo encontrar el método o el camino que me llevaría a coronar mi búsqueda?

Presentía la existencia de una ruta predestinada. También lo afirmara el ocultista. Pero mi andar sin rumbo se inclinaba a la desconfianza. Al despertarme siempre alegre, confiado; al anochecer como sumido en la oscuridad, desconcertado. ¿Qué relación secreta yugula al hombre con la luz y con la sombra? El sol me daba invariablemente alegría, la oscuridad tristeza.

Para despistar a los curiosos llevaba dos textos de etnología en mi bagaje; pasaba por un estudioso de pueblos y costumbres, un investigador que recorre el mundo en afán científico. Tomaba apuntes, tenía nociones en la materia, y me acorazaba detrás de diálogos sucintos. No quería pasar por chiflado revelando el móvil de mi viaje; y además ¿a quién le habría interesado un sujeto que buscaba la explicación suprema, cuando el planeta desborda en seres, acontecimientos, hallazgos y cosas maravillosas que distancian las cavilaciones metafísicas?

Duro fue el primer año de mí andar. Aprendí mucho de personas y lugares, pero nada que tuviera relación con mi empresa. El mundo de afuera se poblaba de imágenes en fuga; el mundo de adentro se abría al vacío. Solía contemplarme como avizorado por otra persona: ¿quien soy, hacia dónde me encamino, y para qué? Verdad que el maestro ocultista habría expresado que tenía que recorrer mucho antes de encontrar el camino. También yo lo sentía así, pero en el correr de las horas predominaba el desencanto.

Me sobrepuse a ese tiempo de vacilación y seguí viajando.

Arribé a un país de altura, de elevadas mesetas flanqueadas por una imponente cordillera.. En la ciudad las muchedumbres presurosas como en todas partes; por los altiplanos los nativos que se trasladan en camión, en bicicleta, también a pie. Y estos últimos atrajeron mi interés: parecían habitar fuera del tiempo, huraños, silenciosos, deslizándose por el camino sin buscar comunicación.

— El indio altiplánico, si es de verdad, no se entrega. No hay que interrogar al que pulula en las urbes: esos ya están contaminados. Son los otros, los que moran en la soledad y en el rigor del clima mesetil, los que guardan muchos enigmas —me dijo un aduanero que revisaba mi equipaje.

Intenté vanamente comunicar con algunos campesinos que transitaban por la vía. Rehusaban contacto.

Se me había dicho, en la ciudad, que no muy lejos, bordeando un lago elevadísimo, existía un santuario católico levantado sobre las ruinas de un adoratorio mítico. Tras larga andadura llegué al paraje indicado. A la caída de la tarde, el paisaje cobraba esplendor inusitado. Desde una loma contemplé el pueblito pintoresco, el templo dominante, y al fondo la suave curva de tierra abriéndose sobre el Lago. Azules de zafiro y de cobalto en el cielo y en las aguas, verdes vivos y verdes oliváceos en los sembríos y en los árboles. Y unos destellos mágicos de áurea luminosidad que parecían anunciar sucesos inminentes. Por un instante creí que me tocaba o me rozaba la revelación... Mas nada sucedió.

Madrugada. Ví cómo detrás de los nevados enhiestos surgían venablos de oro que herían los islotes lejanos y esparcían reflejos trémulos en la superficie líquida. Las barcas inmóviles. Apenas si una balsa de totora se deslizaba sobre el agua. La mañana, fría, aguzaba los sentidos. Y el silencio cordillerano invadía la majestad del paisaje. Me pareció asistir al nacimiento del mundo: todo nuevo, fresco, revelador.

Una brisa suavísima fingía un mensaje auroral. Creí recoger un murmullo: "estás cerca, estás cerca..."

Pero nada sucedió.

Rodé por caminos y países, anheloso de saber, convencido de que existe el Gran Secreto: ¿cómo, dónde, por qué? Presentía que no se comunica por transferencia de persona a

persona, sino que va surgiendo, lentamente, del propio interior, de una íntima certeza que se va elaborando gradualmente. Transcurrió mucho tiempo y un día que la reflexión se aguzó en mi espíritu, me pregunté: "¿Por qué vago, desorientado? Si el magno objetivo final existe, lo que me falta es el método para arribar a él. Hasta ahora, busco y vago sin sentido, mis preguntas no tienen respuesta porque carecen del papel pautado sin el cual música alguna podría arquitecturarse. Era eso, ciertamente: debía encontrar, primero, el camino que conduce a la meta distante, la forma de aproximación que liga el ardiente deseo con la esquiva victoria. Mi error inicial provenía del lanzamiento atolondrado a la gran búsqueda, cuando ella debía descifrarse por severa disciplina, ejercicios mentales espirituales, acaso aprontes de la sensibilidad, capaces, todos tres de conducirme a una suerte de ascesis reflexiva detrás de la cual se alzaría el muro de cristal que únicamente traspasan los grandes soñadores...

Entonces mudé de itinerario: en vez de buscar afuera, indagué en los libros y en las ciencias. Dime al estudio de religiones y filosofías. Lo mismo en el saber exacto que en las nebulosas arcanas: física, matemáticas, química, astronomía me descubrieron la vastedad de sus horizontes, en tanto alquimia, astrología, teósofos y mánticos me ofrecían las perspectivas mágicas de sus claves recónditas.

Fué una época febril: de pensador en pensador, de texto en texto, de teoría en teoría, creía tener en mi mano la fórmula ansiada... y pronto se desvanecía ahuyentada por otras fórmulas no menos lúcidas, fascinadoras, cada cual aventando a la precedente. Acumulé tanto saber, ríos de enseñanzas abiertas y secretas, al extremo de sentirme literalmente aplastado por el torrente de las ideas ajenas. Nuevamente la reflexión me enseñó que el arcano mayor no podía refugiarse en una sola mente, porque entonces esa mente humana sería Dios. Y sospeché que aunque muchas cabezas geniales tuvieron atisbos de lo que podría ser la verdad final, en realidad ninguna alcanzó a conocerla, tal vez porque la verdad es más un camino hacia una meta que un fin en sí mismo.

Salí decepcionado del laberinto de las letras. Todo pueden explicar textos y autores, hasta cosas oscuras y secretas, pero el Gran Arcano desborda el poder aprehensor del intelecto: nadie lo descifró y menos podría reducirlo a una fórmula comprensible para todos.

Cuanto más meditaba, mayor mi confusión. En el fondo, nadie sabía nada aunque muchos conocían mucho. Ese saber fragmentario, limitado, confinado en los límites estrechos de la especialidad elegida, jamás podría abarcar la majestuosa e infinita grandeza y variedad del cosmos, de la vida, del ser humano, de la naturaleza, de las complejas relaciones de espíritu y materia.

Decididamente: ni el estudio, ni la investigación, ni el meditar apoyado en disciplinas científicas, las técnicas, o el discurrir poético, podrían conducirme a puerto seguro. Yo seguía navegando en un mar proceloso de altas olas y furiosos vientos.

Presentía, sin embargo, que allá lejos, muy lejos, en un tiempo de oscuridad, en un espacio remotísimo, latía el secreto del Universo y que yo estaba destinado a describirlo.

Renuncié al propósito ambicioso de saber por soberbia y atrevimiento. No quise ser un victorioso ni un audaz. Comprendí que mi búsqueda no debía ser una empresa de poder satánico, sino una aventura mística, casi angélica, un buscar desinteresado, sin ánimo de apropiación. Reanudé entonces mi marcha no con el ánimo ardiente de alcanzar mi final objetivo, sino con el desprendimiento de quien hace su camino sin esperar recompensa. Porque sí, porque así debe ser.

Buscaba, buscaba... y siempre el vacío me cerraba el paso.

Dime entonces a reflexionar. Si los mayores pensadores, los que compone a sistemas filosóficos, urden teologías y arman esquemas científicos no llegaron a descubrir la esencia primordial, la clave final de todo acontecer ¿cómo yo, mísero peregrino, habría de alcanzarlas? Parecía empresa de titanes o de locos. Algo tan descabellado que sólo pudo ocurrírsele a un soñador desconcertado por las dificultades de su búsqueda.

Verdaderamente" la razón me decía: "imposible", el corazón respondía: "¡atrévete!". Porque la intuición poética que toda lo rasga aunque no llegue a poseerlo todo, susurraba que algunos —pocos ciertamente— habían descubierto el Mayor Secreto, sólo que no lo revelaron porque no fueron sabios ni grávidos pensadores ávidos de fama, sino espíritus iluminados que al contacto con la tremenda verdad desfallecieron y comprendieron que su hallazgo no debía ser transmitido, pues descubierta su clave escondida el universo se habría desintegrado.

Esta idea me rondaba como brisa maléfica: otros llegaron, tú también puedes llegar.

Entonces creí comprender que lo primero consistía hallar un método, el camino que debía conducirme al camino, la forma de aproximarme al horizonte remotísimo donde presumía se graduaba el último Arcano.

Pero nada ni nadie pudieron señalarme cómo se llega a la senda segura que lleva a la más alta ambición.

Pasaron largos años de intenso padecer. Siempre lo mismo: tentativa y frustración.

Pensé que el Señor castigaba mi osadía, pues intentando alzar el velo de los enigmas, sorprendiendo el sentido de lo oculto, ¿no sería como tratar de divinizarse, sentirse copartícipe de la inefable sabiduría?

Me humillé en los templos, oré, pedí ser perdonado. Pero en vez de abandonarlos sereno, apaciguado mi secreto ardor, salía más bien rico de energía nueva, impelido por una fuerza misteriosa que insistía: "¡sigue buscando, atrévete!"

Y bruscamente tuve otra iluminación: ¿por qué viajar tanto, rodar por el mundo, si el camino a la verdad podría darse profundizando el terruño, en vez de dispararse a las lejanías?

Buscar hacia adentro, en mi comarca natal y en mi mismo. Esta nueva idea me hizo feliz, me quitó muchos años de vida, volví a sentirme joven, fuerte, ágil, victorioso, dotado del irresistible entusiasmo adolescente, poderoso y valeroso a un tiempo.

Creía tener 20 años y había tramontado ya los 30.

### III

Cierta vez tropecé con un monje budista el cual me dijo:

—Nosotros solemos tener una vieja preocupación: sondear el ritmo del mundo, para alcanzar una perspectiva de conjunto de sus innumerables evoluciones. Solo entonces volveremos a ver al Buda.

Su revelación me llenó de alegría: habían, pues, otros seres que perseguían el ritmo o el secreto del mundo.

Y de un sabio recogí estas palabras aterradoras que me conmovieron: "En el trabajo y sufrimiento del mundo reside una clave de comprensión final. Y es que cada cierto lapso, bajo los fuegos móviles de sus fuerzas, la superficie viviente de la Tierra se despierta, se estremece y vuelve a emprender su espantoso trabajo."

Leí otras revelaciones, casi todas convergentes, brotadas de labios ajenos, bordeando peligrosamente la presunción de que mundo y ser podrían explicarse recíprocamente. Pero no lo explicaban: sugerían solamente. Como ese filósofo antiguo que centraba en los átomos la esencia y la razón del universo, mas tampoco podía esclarecer qué eran finalmente, los átomos.

Una vez más me ví envuelto por el torbellino de los libros y las ideas de otros. No podía ser. Sospechaba que la enseñanza mayor no vendría de afuera. Y retorné al camino interior: lo que captaban mis sentidos, lo que urdía mi mente; no hay enseñanza secreta que los supere.

Efectuaba largas correrías sin alejarme mucho de la ciudad natal. A veces llegaba al Lago Sagrado o me sumergía en la floresta subtropical, pero siempre retornaba al vasto altiplano o me reintegraba a la gran depresión telúrica que me daba morada y sustento, coronada por cerros y nevados.

Cada excursión, cada paseo, cada experiencia de meditación solitaria me enseñaban mucho. ¿Quién sabe lo que el espíritu acucioso puede recoger con sólo ver y reflexionar? La naturaleza es la lengua universal: lo dice todo en plásticas imágenes. Una piedra puede encerrar la síntesis del mundo. La luz esclarece el sentido de las formas. El aire invade el alma y se trasmuta en finísimas partículas de fuego que nos agitan sutilmente. Los árboles cantan. Toda flor es un centro de amor. Y el agua saltarina de la fuente o el polvo que se filtra por un rayo de sol sugieren la imagen de la dispersión corpuscular que sin embargo obedece a una invisible y rigurosa geometría. El paisaje natural y los artificios que el hombre crea conjugan misteriosas relaciones. La vibración de una simple hoja ¿no trasciende a ritmo pulsátil del cosmos? Torres y palacios en las nubes. El zafiro azul que se profundiza en las lejanías. Y tu mente dispersa, imán sin embargo en el paisaje. ¿Por qué se dispara el hombre al espacio, soñando en descubrimientos estelares, si aquí abajo, en la vieja y joven Tierra inmortal se guardan los mayores y mejores tesoros, la plural maravilla inagotable que nos forja argonautas sin término en el mar del sentir y del pensar?

Fueron tan bellos esos días, tan hondas las sensaciones que despertaron en mi alma...

Verdad que aun agregando saber y deleites, la búsqueda contemplativa no me acercaba a mi tarea superior, porque no encontraba rastro ni indicios del sistema que debería aproximarme a su encuentro, pero una oscura intuición me decía que no se trataba de horas perdidas. Presentía que ese moroso aprendizaje era como el pórtico obligado para ingresar al ámbito todavía ignorado que guardaba el camino y la meta de mi portentosa ambición.

Un libro saldría si narrara el flujo de experiencias y hallazgos en ese tiempo inicial. Pero no es mi intención poetizar lo vivido, sino concretar los tramos decisivos de la gran aventura elegida.

Y lo decisivo fué el encuentro que mantuve con el indio Condori cerca de la cima de un cerro que después supe lo llamaban Willka-Kollo, el Cerro del Sol, porque en las madrugadas su alta cumbre era la que primero herían los rayos del astro antes de esparcirse sobre el cuenco de la ciudad.

Me proponía llegar a su cima, cosa que no pude efectuar en anteriores visitas, porque faltando una treintena de metros, se producía un corte que hacía casi imposible trasmontarlo para trasladarse al soporte inmediato. No obstante, un sendero estrechísimo indicaba que había quienes transitaban el peligroso rumbo, y yo estaba decidido a tentar la hazaña.

Apenas había dejado la meseta para emprender el ascenso, divisé a un indio inmóvil sentado en una peña. Forzosamente tenía que pasar a su lado y me causó tal extrañeza su inmovilidad de estatua que me paré a contemplarlo de cerca, en modo impertinente, cosa que habría aceptado un hombre cualquiera. Pero este ser nativo, como encapsulado en su propia soledad, parecía inmune a la intrusión ajena; sencillamente: no me hizo caso. Miraba fijamente al horizonte lejano en absoluta inmovilidad, sin que se alterara un rasgo de su cara ni se moviera un pliegue del poncho multicolor que lo cubría. Miraba solamente y en ese mirar estático, que aparentemente nada sugería porque tenía la fijeza y la solemnidad del monte, a poco de observarme pareció que retenía una carga culta y poderosa, una fuerza interior que obraba impávida detrás de la esfinge estatuaria. ¿Sería sordo, mudo, o imbecil? ¿O era tal su poder de concentración que permanecía ajeno al contorno físico, refugiado en un manar recóndito?

Reanudé mi marcha sin que el extraño espectador hubiera dado la más mínima señal de haberme visto o sentido.

Pensé que el indio tiene algo de montaría en su poder de concentración, en su aire de soledad y de silencio, en su estoica apariencia de árbol o de piedra, en esa facultad de detener el tiempo y señorear el espacio.

Seguí trepando. Media hora después alcanzaba el corte vertiginoso que me hiciera retroceder. Esta vez me proponía vencerlo a toda costa. Pegando el cuerpo a la roca, evitando mirar al vacío aterrador, avancé lenta, muy lentamente, pisando con cuidado, afianzándome con las manos como si fueran garras. Así bajé unos metros; luego había que subir algunos más por la temeraria senda. Me faltaba un corto trecho para volver a tierra escarpada pero ya segura, cuando un ligero resbalón me hizo perder el equilibrio. Sentí que aquello de "la sangre se me heló en las venas" no es una figura retórica, sino una terrible realidad. Me ví perdido, hundiéndome irremisiblemente en el abismo. Hice un poderoso esfuerzo de voluntad buscando asidero y sólo encontré el aire. Me inclinaba ya al vacío, cuando sentí que un apoyo sólido como surgido del aire me devolvía el equilibrio y pude reanudar el ascenso tembloroso por el accidente.

Con el susto no pude disfrutar del soberbio espectáculo que ofrece la cima del Willka-Kollo. Pensaba en las dificultades del regreso. Había ocurrido un milagro, mas los milagros no se repiten en un día. ¿Que pasaría si resbalaba nuevamente al cruzar el corte peligroso?

Retorné con mayor cautela. "Ahora será menos riesgoso, porque ya conozco el paraje. Calma, calma. Cada paso un descanso, una consolidación previa antes de dar el siguiente." Y así, temeroso y prudente vencí el tremendo trance y seguí bajando hasta la meseta, jubiloso por haber salvado la vida.

Al pasar junto a la peña donde vibra al indio absorto en la lejanía, éste continuaba en la misma posición. Había transcurrido más de una hora entre el primer encuentro y mi retorno: ¡era imposible! ¿O estaría muerto y yo no había reparado en ello? Lo contemplaba atemorizado y estaba a punto de retirarme, cuando el indio volteó la cabeza, su mirada estática se animó con su fulgor cordial y sus palabras resonaron claramente:

— Si hubieras roto el hechizo, no habría podido ayudarte. Yo te puse el apoyo en el aire para que no cayeras. Ahora podemos hablar.

Me costó reaccionar. Tan increíble se perfilaba su inmovilidad anterior, como la revelación que acababa de escuchar.

Ataviado a la usanza indígena —pantalón de bayeta, poncho, camisa de tocuyo, sandalias y un gorro de lana, el indio acusaba una madurez avanzada pero vigorosa.

— Soy el Condori —agregó— nada tienes que agradecer.

Probablemente era un sabio nativo, un amauta, o acaso un "laika" un mago con poderes ocultos, talvez un iniciado en los misterios andinos, uno de esos seres poderosos y herméticos que jamás ostentan su poder y que pasan a nuestro lado sin que nos demos cuenta de su irradiación espiritual.

Recuperado de mi turbación, me presenté:

— Soy un hombre de la ciudad —le dije—. Me llamo Pablo Malaguer. Estoy buscando la manera de llegar a un camino que debe conducirme a la Verdad.

El Cóndor me miró penetrante:

— Lo sabía —repuso— y estoy destinado a señalarte el camino, el método como tu lo llamas.

Asombrado pregunté:



— ¿Tu me conoces, sabes lo que busco?

— Lo sé. Ahora conocerás la ruta segura que debes seguir.

Lo contemplé dudando de sus palabras.

El Condori, impasible, agregó:

—No hay mucho que hablar. Tu camino son muchos. Busca sin cesar, recorre los altiplanos sin apartarte de la Gran Cordillera. En un cerro próximo a uno de los Mayores Nevados, se esconde la Verdad que persigues.

— ¿Dónde, dónde? —grité ansioso.

El indio me miró grave y ceñudo:

— No puedo revelarlo —contestó. Tendrás que hallarlo por ti mismo. Pero ya conoces el camino: hundirse en la tierra para alzarse al monte, y en el sabrás lo que buscas.

— ¿Falta mucho o lo lograré pronto?

— Él vendrá a ti, o tú descubrirás el Magno Secreto, cuando tus cabellos se cubran de nieve como las cumbres de las altas montañas.

Y se alejó haciendo un gesto amistoso con la mano.

Quise seguirlo pero algo me clavó en el suelo. No atiné a llamarlo. Me inundaba el júbilo: había encontrado mi camino. Tenía que andar, andar mucho hasta dar con el monte en cuya cima encontraría la clave buscada. Entonces comprendí el sentido de mis excursiones juveniles a los cerros, ese amor a la montaña, parte viva de mi ser, porque de tanto verla, amarla y frecuentarla crecía también en mi una como vibración inmóvil de la piedra, una larga oscuridad, una honda dureza, esa augusta permanencia de la materia inexorable que en el breve tránsito humano se reviste de una apariencia de eternidad.

El Condori ¿quien sería el Condori? Parecía sólo un indio. No obstante detrás de la piel atezada, de los ojos oscuros y brillantes había algo indescriptible que no alcanzaba a descifrar. Luego su habla culta, sus ideas... ¿Quien sería el Condori?

Soñé con él y me desperté escuchando una voz profunda que decía: “Es un Maestro, es un Maestro...”

#### IV

¿Dónde estaría ubicado el monte ansiado y qué contendría su cima? Acaso un cofre conteniendo un libro, un cuaderno o tal vez sólo una hoja que guardaría en una fórmula —matemática, física o filosófica— el arcano del universo. ¿Pero es que podría aprisionarse en una fórmula estrecha la inmensidad del misterio? Me acosaban las interrogaciones sin freno, las dudas, los sobresaltos: ¿existía realmente el enigma mayor, podía ser revelado y expuesto en tersa geometría o en síntesis intelectual? ¿Qué documento, cosa o forma indecible se hallaría en esa cima esquivada que tardaría años en encontrar?

Pero mi destino estaba sellado: seguiría buscando, buscando hasta hallar la razón de mi búsqueda.

Así comenzó la más extraordinaria vagancia de uno, solitario, en persecución de la Verdad, recorriendo el infinito altiplano, acercándose a sus nevados soberbios, oteando y pisando montes, sin brújula, sin fijo itinerario, porque cada comarca, cada paraje se presentaban joviales, acogedores al iniciar su exploración y luego se cerraban, herméticos, sin haber confiado nada.

Aprendí muchísimas cosas en mi largo peregrinaje: el nombre de las cordilleras y de las montañas, el curso de los ríos, las costumbres de los pobladores, las características de los villorrios. La geografía se me entregaba dócilmente y no hubo recinto etnológico que no hubiese pisado en mis largas correrías. Pero la decepción sobrevinía sin tregua: nada, nada, ni el mínimo indicio que me abriese a la esperanza de hallar el monte anhelado. ¿Estaría realmente en el Ande, sobre la ruda meseta longitudinal de los altiplanos? A veces los nevados soberbios, imponentes, me deslumbraban con su grandeza fascinante; pero el Condori había dicho que no se trataba de una montaña nevada, sino de un monte próximo a ella. Años, años, años: anduve y exploré tanto que llegué a familiarizarme con el vasto escenario mejor que un geólogo o un buscador de minas.

Recuerdo una vez en que explorando una serranía, en un paraje desolado desde el cual apenas se divisaban una que otra casita perdida en la quebrada, tropecé con una muchacha indígena —una "tawako" dicen los nativos— tan hermosa y tan perfectamente formada, que me dejó en suspenso. Calzaba sandalias, su vestimenta excedía la de otras indiecitas y en verdad no era una indiecita cualquiera, sino una joven-mujer en el esplendor de la belleza física.

— Niña ¿qué haces en este lugar tan apartado? —le pregunté. ¿No tienes miedo de andar sola?

La muchacha se sonrió:

— ¿A quien voy a tener miedo si tengo mi honda y mis piedras para defenderme?

La miré sorprendido:

— ¿Cómo trepaste a este lugar tan escarpado?

— Aquí siempre estaba...

Pensé que se burlaba de mí.

— ¿Eres pastora o campesina? ¿Qué estás buscando?

La mozueta india respondió con voz cantarina:

— Ni pastora ni campesina.

Caminó unos pasos en silencio y apuntando con el índice señaló una casa de tres pisos con su chimenea humeante que se alzaba lejos, al fondo de la quebrada. ¿Cómo podía existir una residencia así, rodeada de jardines y arboledas, en lugar tan alto y solitario?

La joven me miraba burlona. Reparé que no era muy blanca, pero tampoco tenía el color bronceado de la raza nativa; tenía un ligero tinte oscuro que daba mayor encanto a su figura.

Y cuando ella agregaba incisiva:

— ¿El señor explorador está satisfecho? comprendí que era una mujer como yo, de tipo occidental sudamericano, culta y refinada, mas ¿por qué vestía como las indias?

Bajamos conversando hasta su casa. Tres mastines nos salieron al encuentro. Nunca tuve miedo a los perros y permanecí tranquilo los animales husmearon y cesaron sus ladrillos. La chica anotaba maliciosa:

— Estuvo bien que no demostrara temor. Ellos muerden al asustado y respetan al valiente.

La casa, grande y confortable, tenía muchas habitaciones y dependencias. Una extraña mezcla de colonial-californiano, linda de formas, bien distribuida.

— Mis padres fueron a la ciudad con mi hermano, pero no estoy sola. Me acompañan mi tía Antonia, su marido Juan, mi primo Heriberto, el mayordomo, los sirvientes, y los cuidadores de los jardines, de los establos, de la hacienda: más de 100 almas.

Parecía una maestra hablando de sus alumnos.

Se llamaba Elfrida Ross, de padre inglés y madre sudamericana: linda mezcla. Estudiaba botánica, amaba lo clásico y lo moderno. Se refirió a Marlowe, a Proust, a John Keats, y a la encantadora Katherine Mansfield. Se puso al piano y después de un disparate acústico de Gershwin, interpretó con sentimiento un trozo de Schubert. “Como verá soy ecléctica, lo mismo que en pintura, puedo pasar del Greco a Monet.”

Fué a vestirse para la comida. Yo no podía hacerlo porque sólo llevaba el traje puesto: botas, pantalón, la gruesa chompa de lana y mi chaqueta de cuero. Me excusé pero ella me tranquilizó: cataríamos solos; sus parientes cenaron temprano y ya se habían recogido a sus habitaciones.

Reapareció pocos minutos después, y me dejó pasmado. La falda escocesa ceñía el talle esbelto. La blusa blanca resaltaba el alto pecho. La ví avanzar admirando las piernas perfectas, los brazos torneados y la gracia del andar. El cabello recogido detrás de la nuca acentuaba su apariencia infantil, pero los ojos vivaces delataban la mujer en agraz. Ni rastro de la indiecita hallada en la meseta. La encontré mucho más linda. Era realmente una mujer subyugadora.

Cenamos servidos por un mozo de impecable chaqueta blanca. Un "chablis" de buena cepa roció las viandas. A la hora del café, saboreando un habano, ella se abrió a la confidencia.

— Sé cosas que muchos ignoran —dijo— y su mirada tensa me atravesaba como sospechando que podía burlarme de sus palabras. Sabía que hoy tendría un encuentro con alguien que andaba buscando algo que no podía revelar. Esto me hizo doblemente atractivo el caso; por eso me vestí de india y salí a buscarlo.

— ¿Cómo sabe usted que persigo algo? — pregunté.

La joven pensó antes de responder:

— No puedo explicarlo. A veces yo misma ignoro cómo y cuándo se producen mis adivinaciones, pero ahora estoy segura de estar en lo cierto respecto a usted. Porque tengo sueños raros y hace poco soñé que me encontraba con un desconocido que vestía como usted, y que yo me esforzaba por acercarme y hablarle, lo que un monte...

— ¡No siga! —La interrumpí febril.

Ella me miró asombrada:

— Pablo, ha perdido usted la línea. ¿Por que me corta?

Luego, sin aguardar mi explicación, agregó:

— Sí, podría ser. Nuestros caminos se separan, por eso el muro de cristal de mi sueño.

Siguió hablando de extrañas relaciones entre personas que sólo se encuentran una vez, y que en esa única ocasión definen cosas esenciales de su destino. Yo apenas la escuchaba, pensando que la muchacha había visto, en el proceso onírico, el monte que yo buscaba... Mas un secreto instinto me ordenaba no averiguar más, impedir que ella orientara mi búsqueda porque mi camino debía recorrerlo solo, y si otro se cruzaba correría el riesgo de perderme.

Nuevamente resonó la voz cantarina:

— Apenas me ha escuchado. Estaba sumido en su propia misión; la desconozco y no deseo saberla. Usted se ha de llevar algo de aquí. También yo absorbo confusas radiaciones de su presencia y de su habla; cuando esté lejos se me aclarará su significado.

El amanecer nos sorprendió conversado de tantas cosas, unas profundas, o tras pueriles, ganados por recíproca, simpatía, eso que se produce al primer contacto, con sorprendente intimidad, cuando dos seres de afinidad oculta vibran al diapasón del mutuo atractivo.

¡Elfrida Ross, qué hermosa mujer, y cómo me acosaba el encanto de su compañía! Probablemente tampoco yo le era indiferente ¿porque cómo admitir que una joven como ella dialogara toda la noche con un desconocido sin dar muestras de fatiga?

— Ahora vamos a dormir —dijo la muchacha— le enseñaré su cuarto.

Me sobrecogí de angustia. No quería ofenderla, pero yo presentía que si me quedaba en la casa de Elfrida, me ligaría para siempre a la joven y abandonarla mi gran aventura.

— No puede ser —murmuré apenado— debo marchar.

Ella sonrió con tristeza.

— Lo comprendo —contestó— aproximándose me besó en la boca con la ternura de una novia.

Ni siquiera nos dijimos "adiós". Al llegar a la verja me volví haciendo un ademán de despedida. Ella respondió agitando la mano. Ya no volvía verla pero su mirada tierna y profunda, el dulce timbre de su voz, su figura esbelta y ágil me acompañan todavía.

Ya tenía una certidumbre más: Elfrida Ross había entrevisto, en sueños, el monte al cual yo estaba destinado.

Al reanudar mi búsqueda, me asaltaban las dudas. ¿Cómo me sería revelado el Enigma: en un pergamino, en un papel, mediante un libro? Podía, ser una fórmula matemática, un esquema físico, mediante una figura geométrica, o en una sucesión de cifras y signos eslabonados? Luego me reía de mi ingenuidad: el arcano mayor, la clave de todo lo que existe, no pueden ser encapsulados en ninguna de las formas conocidas. Debe ser algo tan simple o tan complejo, que mente alguna puede concebir. Y para reducir a un esquema significativa la fórmula que contenga lo acontecido, lo que sucede y lo que vendrá, en las infinitas pulsaciones del universo visible y del invisibles cosmos, habría que inventar nuevos instrumentos de aprehensión intelectual. Eso, eso debería ser: que al dar con el secreto último, el descubridor se transformaría en una nueva surgente de potencias inauditas y esa expansión galáctica de la mente individual, sería capaz de capturar la tremenda tensión de lo que se presenta irrevelable.

Salía aturdido, desconfiado de mis cavilaciones. ¿Por que pensar, todavía, en el tramo final, si ni siquiera había ubicado el monte que me estaba destinado?

Era cosa de locura. Mis años se gastaban inútilmente... Ya no contaba para adelante sino para atrás: uno menos, uno menos. Pero en los momentos de mayor desaliento una fuerza secreta me impulsaba a proseguir la búsqueda. "Persiste, no te doblegues. Soporta, padece, desgárrate... Ya llegará el tiempo del encuentro supremo y las revelaciones."

Sí, porque deben ser varias o muchas. El error es creer en lo uno, idea abstracta, cuando todo en el universo y en el hombre habla de cargas desmedidas de pluralidad, todo se divide o multiplica, y no el punto céntrico sino las líneas en fuga que dilatan los horizontes, darán la razón final del torbellino cósmico que no se contrae ni se reduce en esquemas unitarios, sino al contrario: se dilata, se expande, se reproduce en la infinita sucesión de los fenómenos.

Mi exploración proseguía en dos sentidos paralelos: por el mundo exterior, donde todo se me descubría abierto, novedoso, y del cual extraía grandes verdades y útiles conocimientos; y en

el abismo interior donde todo se presentaba en forma de enigmas, dudas, contradicciones, oscuras confusiones que me dejaban perplejo y desalentado.

¿Pero existía realmente el Monte Desconocido que aguardaba mi llegada para entregarme su secreto? ¿O presa ya de mi absurdo empeño, sonando en una meta imaginaria, me había convertido en un loco ajeno a la realidad concreta del vivir?

Pasé muchos trances de crisis, de perplejidad, de ansiedad; y por qué no decirlo también de zozobra, de hondo desfallecimiento. Después de años de intensa actividad me hallaba como al iniciar la aventura: nada positivo. Si existían un monte que me esperaba y un camino para llegar a él, seguía ignorando cómo alcanzarlos.

Vida y búsqueda rumbeaban peligrosamente hacia el vacío.

## V

No tenía que preocuparme en materia de dinero: mis padres me dejaron sólida fortuna y podía subsistir holgadamente cubriendo además viajes, exploraciones y extravagancias sin temor a quedar sin recursos. Era una situación encantadora: no era nadie, no dependía de nadie, podía hacer lo que se me antojase, nadie dependía de mí. Rodaba solo por el mundo libre de apuros financieros y de las pequeñas preocupaciones cotidianas que acosan a la gente.

Dije extravagancias y dije bien. ¿No lo significaban, acaso, varios lustros detrás de una quimera, gastar tiempo y energías en vagos intentos de hallar lo que se presentaba remoto, inalcanzable? Me calificué de estúpido, de irrazonable, en el fondo un chiflado que consumía lentamente su vida en pos de una ilusión. Y de una ilusión absurda porque aun siendo posible —la lógica me decía que era más bien imposible— encontrar el secreto del universo ¿de qué me serviría? Y no siendo transmisible ¿de qué podría servir a los demás?

Cuanto más reflexionaba en ello más vano me parecía mi empeño. Sencillamente absurdo: ni debe existir tal enigma único ni es dable que una mente humana lo resuelva. Estuve a punto, por centésima vez de abandonar la aventura. Hasta comencé a pensar cómo organizaría mi futuro quehacer para disfrutar de los goces del vivir libre de la vieja obsesión.

Una noche de vera leía con la ventana abierta —o releía mejor dicho— el "Offerdingen" de Novalis. El aire tibio me sumía en perezoso bienestar; sólo quería leer y meditar en las profundas páginas del gran romántico alemán, esa extraña conjunción de místico, poeta, pensador y persecutor de misterios. De pronto comenzó a llover y las ráfagas de viento me obligaron a cerrar la ventana. Al reanudar la lectura un sonido muy atenuado, apenas audible, tal vez sólo el roce de algo contra la materia inánime llamó mi atención. Me levanté y busqué una libélula se agitaba desesperada contra el vidrio de la ventana pugnando por salir al exterior. "Será destruída por la fuerte lluvia —pensé— mejor que repose aquí." Pero el animalito no reposaba y siguió agitándose sin descanso. Yo dividía mi atención entre la lectura, el ruido de la lluvia y el fino rumor de la libélula aprisionada en mi cuarto.

Debió transcurrir mucho tiempo. Escampó la lluvia. Me llamaba el sueño y cerré el "Offerdingen". Llegaba la hora de liberar a la prisionera. Me aproximé a la ventana: la libélula se frotaba sin pausa contra el vidrio. ¿Cuánto tiempo, estaría así? Ese cuerpecillo frágil, esas alitas casi etéreas, en constante movimiento no cejaban en su deseo de encontrar salida. ¿Quién puede saber lo que acontece en el interior de una libélula, esa suerte de aeroplanito maravilloso que encanta a los niños y aun a los grandes puede seducir? Fascinado por sus giros permanecí en larga contemplación: el animalito se agitaba angustiosamente en roce constante contra la ventana, sin desmayar en sus locas tentativas por conquistar su libertad.

Pasaría otro largo cuarto de hora. Yo seguía hechizado por las evoluciones de la libélula que en aleteo infatigable se frotaba delicadamente contra el duro cristal. ¿Es que carecía de instinto, no se daba cuenta que su mísero cuerpecillo nada podía contra la firme resistencia de mi ventana, no se cansaba de moverse y agitar las alas inútilmente? Como sería... Calculé que sumando el tiempo de mi lectura y la posterior observación, pudieron pasar más de dos horas. En

ese lapso cuánta energía derrochada! ¿Y cuánto vive una libélula? El animalito transcurre, seguramente, en otra dimensión de tiempo. Podría ser que ese par de horas, para mí, en realidad para él resultase media vida en relación al esfuerzo desplegado. Podría ser... Y aunque no ocurriese así, yo presentía que la libélula realizaba un consumo de fuerzas vitales tan grande, tan poderoso, que estaría exhausta a retornar al aire libre.

Continué mirando. ¡Qué tenacidad, qué constancia! El aeroplanito no cejaba en sus cortas evoluciones y se frotaba ansioso contra el cristal. Me dio pena. Abrí la ventana y en vuelo raudo se perdió en la noche.

El sencillo espectáculo me avergonzó. La libélula había cesado un instante de luchar por su libertad, hasta obtenerla. Yo, en cambio, persiguiendo la verdad tropezaba, vacilaba, estaba a punto de renunciar a ella. Había recibido la severa lección de toda vida, animal o pensante: insistir, perseverar, sólo llegan a cumplir su destino los animosos y los esforzados. Y así fué cómo reanudé mi singular empresa.

Viajando por los altiplanos tropecé con una aldea india, compuesta por algunas casuchas y largos sembríos, en las faldas mismas de un cerro escarpado.

La extensa caminata a la que se añadió el ascenso a la escarpada meseta, me tenía exhausto. Me aproximé a un ranchito y pedí algo de beber. La campesina me miró desconfiada:

— Págame primero.

Díle unos centavos y recibí un jarro de agua fresca.

Era una mujer de mediana edad, nada atractiva, pero en sus ojos habla un fulgor de bondad. Contestaba con monosílabos a mis preguntas. En el fondo no quería hablar.

Poco a poco fuí venciendo su resistencia. Le dije que era un botánico que buscaba plantas raras. Finalmente, pensando que a veces de los más humildes se obtienen las mejores pistas, lancé cauteloso la pregunta:

— ¿No has oído hablar de un cerro muy raro, que se distingue de todos los demás, que encierra un tesoro dentro?

La mujer se estremeció y brotara lágrimas de sus ojos:

— Señor, no preguntes —dijo. Mi marido, el Felipe Poma también lo buscaba. Se fué hace muchos años y nunca regresó.

Estuve a punto de saltar de alborozo.

— ¿Por dónde se fué?

La campesina, temerosa, insistió:

— No vayas, señor. No has de volver.

Pero ante mi insistencia, señalando con el índice a la lejanía, en dirección norte, repuso:

— Por allá es.

La serranía se elevaba bruscamente a la distancia como cerrando el acceso al misterio.

Dormí en un pueblito montañoso donde se me dio asilo y al amanecer partía rumbo al norte.

El altiplano se encrespaba conforme ascendía: el plano se convirtió en gibas de bisonte, las gibas en colinas, las colinas en cerros y quebradas. Al voltear un recodo surgió el festón cordillerano con sus soberbias cúpulas nevadas. Sí: podía ser, aquí, próximo a las blancas cumbres debía hallarse el monte anhelado, el largamente perseguido. Recorrí con la mirada el tremendo escenario: varios cerros de diferente altura y forma se diseminaban cerca de la cordillera. ¿Sería uno de ellos?

Los exploré cuidadosamente sin encontrar nada que pudiera orientarme. Se trataba de cerros pelados cuya superficie sólo ofrecía piedras y un musgo raquíptico. Ni en su contorno ni en su masa nada notable. Me faltaba visitar un monte de forma cónica, acaso un volcán extinguido y me encaminé hacia él. Faltando un centenar de metros para llegar a sus faldas se levantó un viento fortísimo, una nube de polvo que me dejó cegado. Quise seguir avanzando mas el aire me arrastró, amenazaba desprenderme del suelo. Era un viento huracanado, aterrador. Me así con fuerza a un pedrón próximo y pude resistir sus enviones. Tan pronto como me inmovilizaba el ventarrón se jaba. Si reanudaba la marcha hacia el monte se hacía más violento y me cerraba el paso. En una tentativa final fuí levantado en el aire y comprendí que de insistir sería destruído por el viento.

Jadeante, asustado, presentía que ese era el monte buscado.

Ahora el problema consistía en cómo llegar a él.

Días después, mejor equipado, regresé al desolado paraje, di la vuelta al coloso y decidí aproximarme por el frente contrario al que ya conocía.

La placidez matutina no escondía amenaza alguna de alteraciones atmosféricas. Profundizaba su azul lejanía. Pequeñas nubes blancas bogaban por el cielo. Imposible que volviera el viento huracanado. Y no volvió. Pude acercarme hasta la base misma del monte cónico: era mucho más alto de lo que parecía de la distancia. Me propuse escalarlo, mas apenas puse pie en su flanco, un fuerte ruido me hizo alzar la cabeza: un alud de piedras, desprendiéndose de la cima y envuelto en un torbellino de arena bajaba directamente hacia mí. Dí un salto y corrí a cobijarme a respetable distancia del alud que bajaba con un ruido ensordecedor. Cuando la masa de piedras se inmovilizó y todas quedaron dispersas por el suelo, me acerqué cauteloso. ¿Qué había ocasionado su precipitado descenso? No pude saberlo. Pero al observar la disposición en que estaban colocadas las piedras, advertí que se agrupaban en extrañas conformaciones, algunas hasta de organización geométrica. Sorprendido intensifiqué mi observación hasta que dí con, un montón de ellas: contorneaban una masa piramidal de tres picos que al centro como si fuera una puerta mostraba una hendidura fulgurante. ¿Se trataba de un reflejo del sol sobre una roca vitrificada? Que sería... Yo solo sé que de súbito comprendí que el cerro cónico era solo un guardián del otro, del monte mayor que me aguardaba y que su forma verdadera era esa, la pirámide con tres cumbres y una hendidura central.

Me sentí dichoso por el descubrimiento y por la extraña intuición. Esta vez no me equivocaría. Miré en torno. Al fondo los nevados. A media distancia algunos cerros, colinas, quebradas. Nada que evocara la presencia de una masa piramidal.

Pero no me descorazoné. Algo me decía que no andaba errado. Y me propuse seguir la búsqueda del gran enigma que guardado por una caparazón de rocas, seguía esperando mi llegada.

Soñé muchas veces con el cerro de forma piramidal y de tres cúspides, y siempre la hendidura central refulgía, despedía chispas, signos ígneos como queriendo hablar. Despertaba sudoroso, entusiasmado, seguro de que se aproximaba el término de mi tarea. Si hubiera sabido lo que faltaba todavía...

¿Sería en la misma zona habitada por el monte cónico, o se trataba de un paraje distinto y distante?

Con paciencia y constancia proseguí buscando por serranías, mesetas y cordilleras.

Cierta vez, en la ciudad, tropecé con mi viejo profesor de física. Ya casi octogenario, conservaba admirable vigor corporal y lucidez de mente.

— Muchacho, tu siempre solo y raro como me gustan a mí los hombres. Los otros, los que triunfan y se autopregonan son puro relumbrón. Los prefiero silenciosos, misteriosos, como tu. Yo sé que tramabas algo grande, pero no lo dices porque si lo dijeras serías igual a todos: pura postura.

Agradecí sus palabras. Mi viejo maestro siempre me distinguió con su afecto, con su comprensión. Solíamos dialogar fuera de clases y ahora evocaba los tiempos pasados.

— Siempre fuiste lacónico. ¿No te alegra verme después de tantos años. ¿Qué hiciste, en qué andas metido? No me hables de tu sueño mayor, que debes tenerlo, sino de tus andanzas inmediatas. ¿Casaste, tienes retoños?

— Sigo solo y contento porque soy libre.

— Gran sabiduría. ¿Pero qué haces?

— Cumpló una larga misión que no puedo divulgar.

— Lo sé, lo sé. Tú nunca fuiste adicto a la confidencia.

Entramos a una cafetería y sorbiendo el líquido charlamos de cosas del pretérito. De pronto mi maestro dijo:

— Tú estás asediado por una grave preocupación: lo dicen tus ojos.

— ¿Y quién no la tiene?

— Pero la tuya es mayor. Te daré un consejo: en los instantes de crisis más fuerte, siéntate, ponte tranquilo. Relajar, relajar el cuerpo es esencial, Cierra los ojos, piensa intensamente en el motivo de tu obsesión, y después de algunas sesiones verás que la solución brota de tu interior.

Me despedí de mi maestro de física y de inmediato comencé el ejercicio aconsejado. Al principio resultó infructuoso. Después de algunas tentativas, el vacío y las sombras se fueron convirtiendo en tenues figuras. Veía un hombre vagar en un paisaje montañoso, desolado. Nada más. Seguí concentrándome y después de varias nuevas experiencias meditativas, primero un cerro cónico, luego un monte piramidal de tres picos se contornearon borrosamente. Yo buscaba, buscaba afanosamente... Hasta que un día de intensa concentración ví brotar del oscuro mundo detrás de mis ojos cerrados escenas de mi infancia, mis padres, mis hermanos, el colegio, mis profesores, peleas con los compañeros, el día que me titulé bachiller, amores frustrados, un hombre joven que emprendía una larga marcha, las figuras del ocultista, de Elfrida, el amigo que más quise y que se fué prematuramente, la india que no quería hablar, mi maestro de física confundido todo con ese hombre que siempre avanzaba sin punto de llegada y cuya figura cambiaba, algo encorvado el cuerpo, más lenta la marcha, enseguida un largo desfile de nevados y montañas y bruscamente, cuando el corazón me latía fuertemente, al voltear un recodo, surgió el Monte majestuoso con sus tres cimas enhiestas y la gran hendidura central que despedía fulgores vivísimos.

Yo estaba absorto en mi visión interior, temiendo que desapareciese. Mas no sucedió así. Mas bien figuras y volúmenes se afirmaron, se hicieron más nítidos y pronto la extraña aglomeración de personas, cosas y sucesos pasados se desplazaba en dos corrientes contrarias: una que tendía hacia el Monte Tricúspide, y otra que se alejaba de sus faldas. Pero luego todo ese panorama móvil volvía, se aproximaba, se alejaba y así sucesivamente como si el gran cerro fuese el vértice imantado del mundo. Gozoso, anhelante, seguí viendo-pensando como sumergido yo mismo en el ordenado remolino de imágenes que me acosaba. Un colibrí picoteaba una khantuta purpúrea y luego con finos saetazos que no me causaban dolor sino sólo una sensación de vértigo fugaz, hería mi corazón. La khantuta acampanulada y la sangre que brotaba le mi corazón tenían el mismo color: un carmesí rubínico. De pronto un gran esplendor que me ofuscó se esparció por la escena. La gran hendidura del Monte se abría lentamente, lentamente y al fondo de un largo corredor había una estancia circular con una mesa y un libro sobre un atril que



despedía chispas velocísimas. Quise gritar de júbilo, quise acercarme, pero un río de aguas turbulentas se interpuso en mi camino. Entonces supe que aun debía hallar ese río antes de acercarme al santuario de los arcanos.

## VI

Si yo contara todo lo que me sucedió en esos años de búsqueda febril, nadie lo creería. Cosas de locos —dirían los más. Tal vez, algunos, admitirían ciertos hechos desconfiando de otros. La verdad es que yo mismo, ahora que lo recuerdo, no estoy seguro que fue sueño, qué realidad o simplemente imaginado, como esa, extraña temporada que pasé en un vallecito solitario, abandonado por sus anteriores pobladores, muy cerca de un nevado imponente. Una gran casa de hacienda en ruinas, más allá una iglesia sepultada por la mazamorra, de la que sólo sobresalían techo y campanario, casuchas de adobe de los indios, indicios de los que fueron jardines y sembríos. De cerros próximos, en la época de lluvias, bajaban las terribles mazamoras, aluviones de piedras, arcilla y lodo que se precipitan con ímpetu terrible y en gran volumen arrasando con cuanto encuentran a su paso. Una de ellas debió alejar a los pobladores y el paraje quejío abandonado.

Durante el día exploraba en todas direcciones, buscando el río que debía llevarme al Monte Anhelado. Otras veces me sumía en hondas meditaciones, como si del intenso pensar fuesen a salir nuevas revelaciones para orientar mis pesquisas. En la noche me refugiaba en las ruinas de la casa, casi toda desmantelada, pero que aun tenía algunas habitaciones con techo. Me introducía en mi gran saco de dormir, usaba la chamarra de cuero como almohada y en las tibias noches de primavera, rehuyendo el refugio del techo y de los muros, cogía el sueño al aire libre no sin antes sumirme en el deslumbrante espectáculo del cielo estrellado. Solía tener la sensación de que la inmensa maquinaria sideral estaba ahí, inmóvil, aunque sus chispas áureas se agitaban sin cesar. Otras veces captaba la imperceptible rotación de las constelaciones. Y al mucho contemplar me imaginaba —o sucedía— que los astros cambiaban de rumbo y posición suscitando un gran torbellino de luces y figuras geométricas que se recomponían luego en nueva conformación de estrellas... Es peligroso mirar mucho tiempo el cielo enlucrado, que en el silencio y la soledad nocturna extravía la mente. Porque suben de la oscuridad de la tierra cosas tan hondas, tan misteriosas que el radiante parpadeo de los astros aumenta y apesadumbra.

Suelo tener ligero el sueño. A veces me despierto y aunque no me es difícil volver al sopor nocturno, recuerdo perfectamente lo que veo o lo que pienso en esos breves paréntesis de lucidez que mi cuerpo roba al sueño.

Una noche desperté al son de una música encantadora. La luna llena iluminaba el paisaje. La casa de hacienda reconstituída estaba profusamente alumbrada con velas y antorchas. Saqué medio cuerpo del sacón de dormir y me puse a observar. Creí reconocer un minué de Mozart o de Haydn. Las parejas entraban y salían de la casa desparramándose en los jardines. Risas y voces que no alcanzaba a entender poblaban el aire quieto de la noche. La fiesta estaba en su apogeo. Hermosas damas lujosamente ataviadas y apuestos caballeros alternaban con graves personajes y jovencitas de rostros infantiles. Todos se movían con gracia, en ese estilo cortesano que el mundo conoció y olvidó. Se hubiera dicho una escena cinematográfica filmada en cámara lenta.

Yo miraba, absorto, la escena: seres, cosas, colores desfilaban pausadamente. Recordé los lienzos mágicos de Watteau, ahora animados por móviles figuras. Todo irradiaba belleza y simpatía como si un secreto encanto circulara misteriosamente en el ambiente. Me parecía que yo también pertenecía a él, como si una extraña reminiscencia tornara familiar el paisaje recién encontrado. Hice ademán de levantarme pero ese preciso instante una pareja se detuvo junto a mi sacón de dormir, casi rozándolo con los pies: un gallardo joven y una linda muchacha. No reparaban en mí o no les importaba mi presencia porque comenzaron a conversar agitadamente.

— ¡No puedo Iris, no puedo! Estoy atado por un juramento y tú sabes lo que es un juramento para un oficial de honor.

La joven se apretaba las manos desesperada:

— ¡Tienes que decírmelo! ¿De que se trata? ¿Por qué tan larga ausencia?

El hombre la miró con tristeza:

— Celosa: desconfías de mí

— Sí, —dijo ella— desconfío. Una vez te sorprendí besando a Julia y otra requerías de amores a Vandalia, mis dos primas.

— Eso fué antes de comprometernos, en el pasado. Desde que decidimos unir nuestros destinos, te soy fiel.

— ¿Entonces por qué el secreto, no puedes confiar en la que va a ser tu esposa?

El hizo un gesto de impotencia:

— Es que no puedo, compréndelo. La política es implacable. He jurado al Gobernador no decir una palabra sobre mi viaje y debo mantener mi promesa. Si apareciera alguien y me pusiera un puñal en la garganta amenazando quitarme la vida, tampoco hablaría.

— Ah —expresó la muchacha —tu honor vale más que mi felicidad.

— No —repuso el joven— tu dicha es tanto como mi honor. No puedo renunciar a ninguno de ambos. Si faltara a mi juramento, tu misma me despreciarías después; ¿qué vale un oficial sin sentido del deber?

Brotaron lágrimas de los ojos de la bella:

—¿No hay otra mujer, me juras que no habrá ninguna aventura amorosa en el sitio a donde vas?

— Solemnemente lo juro: no hay otra mujer ni tendré ninguna aventura. Las rechazaré a todas pensando en tí.

Se cogieron tiernamente de las manos y pude observar que en sus ojos ardía el joven-viejo amor que incendia el mundo.

— Cuando termine mi misión —añadió el hombre— iré a rescatar el rubí de los Tamariz. Está en poder de los bandidos y ofrecen una fortuna por recuperarlo: lo pondré a tus pies.

La joven, angustiada, exclamó:

— ¡Oh, no, no! No lo hagas. Es muy peligroso, arriesgarás la vida. Te prefiero pobre pero íntegro, a mi lado.

— No temas. Sé lo que debo hacer. Mi espada es más diestra que el furor de los bandidos.

Sentí una curiosidad vivísima por saber cuál era la misión del joven oficial, por qué se celebraba la fiesta, y quienes eran las personas entre las cuales me encontraba. Me aproximé a varias de ellas sin que ninguna me hiciera caso. De pronto al tropezar bruscamente con una dama opulenta que me cerraba el paso y al no sentir impacto ni fricción alguna, quedé aterrado. Extendí él brazo, toqué el pecho de un erguido caballero y tampoco nada: no hubo resistencia del otro cuerpo, mis dedos no respondían a la sensación táctil. Comprendí que asistía con presencia fantasmal a la escena. Es taba y no estaba en ella. O la veía desde otro plano, como si se hubiera establecido un raro puente entre dos siglos separados por un tercero.

Verificada mi invisibilidad, mi descorporización, pude introducirme por donde quise. Penetré al gran salón profusamente iluminado donde bullían personas ricamente ataviadas. Lacayos uniformados y de guantes blancos custodiaban las puertas. Las parejas danzaban, había grupos dispersos conversando, y no faltaban hombres o mujeres solitarios como evadidos del

general regocijo. El decorado dieciochesco dominaba la sala. Oí decir "Gobernador" y me acerqué a un señorón alto, arrogante, que hablaba en voz baja con un militar condecorado.

— Ni una palabra de esto a nadie, hermano —decía el Gobernador— y un destello de crueldad brillaba en sus ojos.

El otro movió la cabeza en señal de asentimiento.

Luego el Gobernador se confundió en otro grupo repartiendo saludos y sonrisas.

Salí a los jardines, me deslicé entre las parejas captando confidencias indiscretas. ¿Pero estaba soñando Imposible: los sueños no son tan claros ni se suceden con rigor lógico. Además todo lucía con nitidez. El agua borboteaba en las fuentes. El rumor de la orquesta se apagaba en la distancia. Todo lo que ocurría a la luz de las antorchas resultaba normal, paisaje, cosas, personas, incidentes solo que se desenvolvían en un tiempo perimido, de ritmo lento y cadencioso. Me desvíé por un sendero penumbroso y dí con otra pareja que daba la sensación de querer esconderse en la fronda. La mujer hablaba con voz trémula:

— No puedo, no puedo —decía—. Lo odio lilas no lo abandonaré...

La voz del hombre resonó áspera:

— Al menos dame la clave; yo encontraré los documentos y los daré al Rey.

Ella murmuró algo tan suavemente que no pude recoger lo que decía. Se besaron y la dama huyó perdiéndose en la fronda.

Más allá sorprendí a tres conjurados:

— Tiene que morir esta noche —dijo con firmeza un hombre alto y fornido— o estamos perdidos.

Los otros asistieron.

Seguí internándome en los jardines. Descendiendo una pequeña rampa de pocos escalones, se abría un claro circular iluminado por la luz de la luna que lucía en plenitud. Tres niñas trazaban líneas sobre la arena.

Una dijo:

— El primer cuadrado es morado, representa un árbol de ancha copa.

La segunda agregaba:

— El segundo cuadrado encierra un río. Es peligroso cruzarlo pero acorta el camino.

La tercera añadió:

— El tercer cuadrado es gris pizarra y guarda el monte que a su vez espera al buscador.

En ese instante comprendí que existía alguna relación entre mi propia vida y el juego de las niñas. Quise indagar, ahondar en la escena pero el paisaje se recogía, se apretaba, plegándose como en las varillas de un abanico gigantesco y cuando volvía presuroso al jardín central iluminado por antorchas y a la fiesta de la casa-hacienda, ellos también se plegaban. Alcancé a divisar un caballero que se agachaba para recoger el guante de una dama, luego la escena se fué encogiendo, encogiendo hasta que el paisaje habitual recuperó su primitiva forma: sólo se veían las ruinas de la casa-hacienda, vagos restos de lo que fueran espléndidos jardines y ningún ser humano.

Junto a mi sacón de dormir tuve la evidencia de que no había sido un sueño, sino un transporte en el tiempo hacia un lejano pasado. ¿Y por qué la mención del árbol, del río y del monte? Pensé que mi búsqueda se complicaba cada vez más.

Pasado un tiempo olvidé el suceso, mas de cuando en cuando cuatro palabras me asediaban: Iris, árbol, río, monte...

Me aproximaba al medio siglo. Antojésemme re-capitular todo lo hecho: 50 años, la edad crucial en que se inicia el descenso a la otra mitad de la vida, la más corta porque muy pocos llegan a centenarios y el recuento salía desfavorable: ¿quién era, qué había hecho? Positivamente nada. Alma de pocos amigos, sin familia había transcurrido en pos de una quimera, de lo inalcanzable ¿porque acaso es posible sorprender el secreto del universo, acaso existe una razón última que lo explique todo si el todo es infinitamente vasto, diverso y plural, y el supuesto de la unidad trascendental sólo una abstracción metafísica? Víme sumido en una atmósfera de irrealidad. Había perseguido un fantasma y el fantasma, después de largos años seguía desvaneciéndose en el confín. Aun podía casarme, hallar una compañera, tener hijos, fundar hogar, realizar algo útil para mí para los demás, vivir los años que me quedaran disfrutando los goces de la existencia, ahuyentando la vieja inquietud que consumía mi tiempo y mi fuerza vital.

Fué la época de crisis mayor. Varias semanas me debatí en la duda: abandonar y persistir en mi tarea.

Una mañana meditando al pie de la frondosa acacia de mi jardín, decidido a romper con el embrujo —¿qué obsesión no es un embrujo?— del Arcano Mayor, un trozo de arcilla cayó en mi muslo. Parecía muy antiguo y tenía grecas de fino dibujo. Lo tomé con precaución y se deshizo en mis dedos. ¿De dónde venía, quién pudo tirarlo?

La casa vecina estaba deshabitada. La calle lejos del jardín: proyectado de ella yo lo habría visto venir. En la posición en que me hallaba el trozo de arcilla tuvo que bajar, forzosamente de la copa de la acacia. ¿Pero quien lo habría colocado allí?

Me levanté para observar el árbol de cierta distancia. En el coposo ramaje que la brisa mecía suavemente, los claros de las ramas habían formado una flecha que apuntaba directamente al norte. Era una flecha, clarísima, bien silueteada, que a ratos ondulaba y luego se recomponía apuntando con pertinacia al norte, allí donde unas serranías escarpadas impedían todo acceso.

Comprendí la lección: el árbol, el trozo de arcilla la flecha en el ramaje señalaba hacia el norte. Y hacia el norte hasta entonces no recorrido por mis pasos, debía encaminarse mi búsqueda.

Tuve que dar largos rodeos para salvar pináculos desafiantes y vacíos vertiginosos que me impedían avanzar en línea recta. Pero yo persistí en mantenerme dentro de la dirección fijada. Al cabo de dos semanas de marcha desemboqué en un planalto festoneado de montañas. ¿Debía recorrerlo todo? Su extensión se perdía en el horizonte, exigiría muchos días y esfuerzos. Me senté en un pedrón para secarme el sudor de la frente y reposar. Algo que brillaba en el suelo llamó mi atención. Me agaché a recogerlo: era un trozo de arcilla exactamente igual al que cayera de la acacia.

Así supe que andaba par el camino justo.

## VII

Mi vida transcurría entre períodos de intensa búsqueda y zonas de honda depresión, más prolongados aquellos, éstas más breves. ¿Pero es que podía existir un arcano de arcanos, y acaso la mente humana podría captar la fórmula monstruosa —porque tenía que ser necesariamente monstruosa, inabarcable— que revelara todos los secretos en uno? No, no podía ser. Dios crea y maneja el universo, o el universo se forja y conduce por sí, pero en ambos casos uno u otro, escapan a toda dimensión, a toda configuración, tienen que ser irreductibles a la medida y a la comprensión humanas. ¿Había perdido inútilmente mis años, persiguiendo una meta absurda que iba contra toda razón?

Fué mi mayor depresión. Lo vano de mis esfuerzos surgía como la única realidad de un peregrinaje de varios lustros: nada, nada... Una vez más estuve a punto de abandonar mi loco intento, pero esa noche soñé, nítidamente con un árbol frondoso, un río turbulento y un monte purpúreo que me hacían guiños misteriosos.

Amanecí decidido a reanudar mi búsqueda.

Verdad que no tenía la fuerza ni la flexibilidad del tiempo moceril, mas seguía fuerte sano, y un secreto poder me impulsaba hacia adelante.

Un día de tantos tropecé con Ruperto, el pastorcito. Hermosa criatura, no tendría más de doce años. Avispado y franco no rehuía diálogo, lo que no es habitual en los niños nativos. El ganado pastoreaba tranquilo y el muchachito se hallaba ocupado en transportar, con una lata sucia el agua que extraía de una pequeña poza a un agujero ubicado a pocos pasos. Calculé las dimensiones de la poza y el tiempo que con la pequeña lata de zinc el chico tardaría en trasladar el líquido hasta colmar el agujero: bueno, tardaría años, tal vez un siglo.

— ¿Qué haces? —le pregunté.

— Llevo el agua del charco al hueco.

No pude contener una sonrisa:

—¿Has pensado lo que vas a tardar, si quieres llenar ese hueco?

— Tengo tiempo.

— ¿Y si el tiempo pasa, los años te envejecen y no terminas lo que te propones?

— No importa: habré estado ocupado, me habré distraído.

Luego el chico inquirió a su vez:

— ¿Y tu que haces por aquí? Nunca pasan gentes de la ciudad por esta loma.

Quedé confuso. ¿Qué podía explicar al niño? Por fin le respondí:

— Bueno: soy un viajero, un explorador, busco, estudio esas cosas que después se ven en los libros. ¿Sabes leer?

— Sí: pero no entiendo que buscas por aquí, si sólo estamos yo y mis ovejas. (Luego, burlón, agregó) —no hay minas por estos lugares.

Me reí alegremente:

— No soy buscador de minas.

Y como el muchacho me miraba inquisitivo añadí:

— Sabes chico, hace años que viajo y estudio cosas que a pocos interesan. Si te lo explicara no lo comprenderías. Sólo soy uno que está buscando. Yo también tengo mi hato de ovejas, pero están muy lejos y dispersas y tengo que juntarlas antes de terminar mi tarea.

El niño me miró burlón:

— Y si el tiempo te vence?

— Eso es lo que me preocupa: el tiempo pasa y no puedo juntarlas todavía.

Las últimas palabras de Ruperto resuenan en mis oídos:

— Sigue buscando, a lo mejor ellas acudirán a tí.

Bajé del collado y me interné por el bosque.

El bosque es la transición entre el desierto y la selva. Aquel nada ofrece: sólo arenas, viento, sed, fatiga. Esta abrume con la vegetación monstruosa, árboles altísimos, animales, insectos, y las miasmas que exhalan los cuerpos y plantas en descomposición. Pero un bosque, un bosque es cosa distinta: está hecho a la medida del hombre y su regocijo. Es fácil orientarse por sus senderos, el calor se apacigua en sus frondas, la hierba mullida y los altos troncos protegen contra el frío excesivo. Los árboles son presencias benignas: puedes confiarte a ellos como a hermanos, jamás revelan tus cuitas. ¡Cuántas vidas salvaron las sirtes del boscaje, sabias en esconder a temblorosos fugitivos! Y los sueños de amor que transitaron sus veredas vegetales. Y el camino que acortaran para los ansiosos. Paraíso de botánicos y soñadores su sombra sagrada guarda más enigmas que el esplendor del mediodía, y cuando la luz se filtra en finos rayos desde las cúpulas arbóreas, nos parece estar en el interior de una catedral gótica.

Por ese tiempo, después de mis correrías, visitaba con frecuencia el bosque disfrutando de su soledad poblada. Más claramente: del sentimiento, de soledad que me infundía porque su ámbito bullía de presencias físicas, de sonidos y rumores, y aun sugería en sus penumbras y en la gama de matices de la luz que se filtraba por el boscaje, otras presencias más, invisibles, que aumentaban el poder sugeridor de ese mundo habitado y movable, fijo sin embargo, que se desplegaba siempre fascinante ante mis ojos. Ciertamente: no era que yo penetraba en el bosque, mas bien el bosque me invadía con su presencia poderosa y múltiple, así como una música de gran orquestación se insume en nosotros y nos hace perder la noción de personalidad como si nos disociara en la inmensa marejada, pánica de sus evoluciones.

Me conmovía la fraternidad tranquila de los robles, los pinos, los arces, las acacias siempre erguidos. ¿Cuántos años tardarían hasta alcanzar el cielo y cubrirlo con sus copas altísimas? Las piedras misteriosamente diseminadas en un descampado, unas de gran volumen, otras pequeñitas ¿serían de corta formación o traían su cauda de milenios? La grama siempre húmeda, renovando sus brotes ¿las pisadas de cuántas generaciones soportó? Y esas plantas, líquenes, flores renovando sus pedúnculos ¿qué esperan si están enclavados por sus raíces a la tierra? La luz y el viento jugaban con el vasto orbe vegetal, el frío y el calor alternaban sus ritmos vitales. Todo estaba, ahí, quieto y no obstante animado. Es tan enigmático, tan rico de sugerencias el bosque. La lección normativa que yo obtenía de frecuentarlo y en mis meditaciones, era ésta: el bosque es la naturaleza viva, siempre inmutable y renovándose siempre. Parece no desear nada y está movilizándose internamente hacia metas que ignoramos. Fugacidad, eternidad —dijo el soñador frente a la visión del boscaje inerme y en secreto movimiento. Y yo me sumergía en su grave y fino encantamiento, gozoso en la compañía de esas altas presencias inmóviles, de esas penumbras misteriosas, de esa tranquila y sagrada soledad, de esa quieta respiración cósmica.

Pero sucedía que en los instantes de más pura entrega al delirio visual que a su vez removía las aguas del pensar, de pronto se dibujaba en el ondular del ramaje la silueta de un monte cónico ya familiar a mi mente.

Y el bosque se convirtió en el mejor amigo y consejero. Yo sentía que en su lenguaje sin palabras enseñaba:

— Insiste, persiste. ¿No ves cómo el mundo que me integra con sus innumerables seres está moviéndose sin pausa hacia fines ignorados o escasamente presentidos?

Yo salía alegre y confortado de las visitas al bosque.

Poco más tarde, recorriendo un tramo de la cordillera, desde una planicie inclinada al oeste quedé estupefacto: un cerro en forma cónica se alza a regular distancia. El corazón me latió

violentamente: ¿habría llegado al fin de mi obsesión? Me encaminé hacia el cerro, llegué a sus faldas. Pero no había el árbol ni el río anunciados. Tampoco la hendidura. Le dí varias vueltas quise despertar el espíritu que lo habitaba. Nadie me respondió. Era sólo un monte cónico, tal vez un antiguo volcán extinguido, una masa de rocas herméticas, inmutable, que nada sugería. Una decepción más.

Díme a pensar si un genio maligno fabricaba los obstáculos que se oponían a mi búsqueda. Sí: así debía ser, un genio maligno, custodio del arcano mayor, trabajaba febrilmente para impedirme o para probarme en mi propósito mayúsculo. Me juré a mí mismo que jamás volvería a desmayar y que lucharía con intrepidez contra el invisible adversario y sus funestos designios.

No tenía familia. Había perdido por mis viajes y por mi inclinación al aislamiento, casi todos mis amigos. Sólo me quedaban dos: Paulino, el arquitecto y José Luis comerciante afamado. José Luis viajaba tanto o más que yo, nos veíamos muy de tarde en tarde, pero Paulino me visitaba y solíamos confiarnos mutuas experiencias aunque nunca le revelé el secreto que me animaba.

— Estamos envejeciendo —dijo Paulino que me superaba en varios años —pronto voy a ser abuelo.

— ¿Envejeciendo? —respondí sorprendido. La vejez comienza a los ochenta y estamos todavía muy distantes.

— No me siento realizado. Vivo de mi trabajo profesional, tengo un hogar, me respetan, gano premios menores, a veces hablan de mí los diarios, pero no he construido ninguna edificación monumental o de inspiración creadora que me califique como arquitecto de excepción. Luego está lo otro, tú sabes, mi afición a la música. Compuse algunas sonatas y hasta un concierto para piano, mas no me atrevo a imprimir porque desconfío: son endebles. En fin: no me he logrado, ni como arquitecto ni como artista. Soy uno entre miles, una linda medianía...

Traté de levantarle el ánimo.

— Exageras. Eres un ciudadano ejemplar, un buen profesional, tienes hogar feliz y un pasar holgado. ¿Qué más quieres? No todos pueden ser creadores geniales ni triunfadores en gran escala.

— No tengo la independencia económica que tú tienes ni la libertad de la cual disfrutas.

— ¿Quién es libre verdaderamente? Además yo no me he realizado en sentido alguno. Soy un ser anónimo, no sobresalgo en nada. A mi lado tú eres un vencedor.

— No —repuso Paulino— Yo te conozco. Tu has querida no brillar y no brillas. Amas la Libertad y eres libre. Tus largos viajes, tus desapariciones súbitas, tu vida Introspectiva que te niegas a revelar, esconden algo mayor: tu manera de realizarte está en ese estilo enigmático que sólo tú sabes dónde te conduce, y estás más cerca de la dicha porque eres más fiel a tí mismo.

— Deducciones, deducciones... ¿Quien sabe lo que interiormente sucede al prójimo? Si yo fuera tú me conformaría con ese transcurrir apacible sin grandes horizontes.

Paulino me contempló apesadumbrado:

— Lo dices para aquietarme.

— No, lo digo sinceramente. A mí me persigue una obsesión insólita que entenebrece mis mejores horas. Algo ideal, puramente subjetivo, sin relación con el mundo exterior. No interesa a nadie y por eso no lo comunico. Créeme: tú eres más dichoso o menos desfavorecido por el destino que yo.

Bruscamente mi amigo cambió el tema:

— Crees en Dios?

— Sí, más no en el sentido ingenuo de algunos que piensan que Dios mueve todos nuestros actos. Hay designios divinos en un sentido que no podemos entender, pero también existe el libre albedrío que cada cual debe manejar por sí.

— Yo he perdido la fe...

— Esa es tu desgracia —añadí— si en nada crees, si nada esperas ¿qué sentido tiene la existencia?

— Eso es lo grave, contestó Paulino, ningún sentido.

— ¿Cuál la solución entonces: suicidio, convento o simplemente dejarse estar?

Paulino esbozó una sonrisa:

— Suicidio no, debo responder por mi mujer y por mis hijos. No creo en la oración ni en el quietismo, tampoco el convento. Dejarse estar... bueno: me moriría de hambre y conmigo los míos. En la sociedad dinámica que habito el vago sólo tiene dos caminos: mendigar o volverse loco.

— Eso es lo negativo. Ahora busquemos la solución racional.

— Indícala.

— Intentar una gran construcción arquitectónica, o bien crear una pequeña composición musical como el "Für Elise", por ejemplo, de intimidad recóndita, de belleza inalterable, que en pocas frases exprese la hondura del sentimiento que no muere nunca.

Brillaron los ojos de mi amigo:

— Me gusta más la segunda. Si pudiera crear algo así, semejante siquiera —el "Für Elise" en su aparente sencillez es algo inimitable — estaría salvado.

Y se fué contento porque tenía una puerta abierta para encauzar su ambición.

Quedé pensativo: ¿no podría hacer ya lo mismo, mudar de blanco y de móvil, reducir lo terrible y grandioso al objetivo menor de profunda intimidad?

## VIII

Yo sé que quien lea estas páginas no les concederá crédito. Es, además, probable que nadie las recorra porque ignoro cómo terminará mi empresa y en los lapsos de desaliento pienso que las destruiré. En verdad escribo sólo para mí mismo, tengo la necesidad de dar cuenta de lo que fuí, de lo que hice, aunque sé lo mínima y lo vano de hombre y tarea por cuanto a mi persona se refiere. ¿Porque quien creerá que hubo alguien que pasó por la vida opaco y descolorido, empeñado en una búsqueda absurda, siguiendo pistas alucinantes?

Cuando reflexiono lo sucedido en la mayor parte de mis años, me parece vivir en un largo sueño. Tenía veinte al asaltarme la idea obsesionante que me asedia. ¿Cómo transcurrieron las treinta siguientes ahora que remonto los cincuenta? En una travesía, diré mejor en un vagar desconcertado por mares y continentes, después por el propio suelo sin hallar nada definitivo. En estricta verdad he vivido como una hoja batida por el viento, de tumbo en tumbo, sin rumbo, sin meta. Y lo peor: dudando yo mismo si sería posible descubrir ese arcano mayor que hombre alguno alcanzó.

La mente me dice que estoy loco. El corazón responde que un resplandeciente amanecer me aguarda todavía lejano.



Retrocediendo en el tiempo recapitulé todo lo acontecido. En verdad nada extraordinario: ni hechos, ni amores, ni aventuras. Pasé por el mundo como un simple mortal. Ciertamente que Elfrida pudo capturar me con su encanto, y acaso, entonces, habría abandonado mi absurdo empeño. También pasaron dos, tres ocasiones en las cuales pude desviarme a menesteres más concretos. Una fuerza secreta impedía, siempre, que lo hiciera. Nunca tuve que ganarme el pan porque disfrutaba de holgura económica y esa libertad exterior fué la que me tuvo amarrado al interior designio. Comparándome con amigos y desconocidos me veía, en un terreno práctico, reducido, hasta despreciable. ¿Quién era, qué había realizado, para qué servía? Nadie, nada. Pero al pensar que mi gran anhelo escondido, mis grandes fatigas, y el encuentro que presentaba inevitable me encumbraban —o me encumbraría— sobre todos, entonces me sentía un Rey y un Rey con mayúscula.

Tuve varios avisos oníricos, espaciados unos de otros, en los cuales siempre aparecían el río turbulento, el árbol frondoso y el monte en forma de cono con tres cimas.

Yo sabía, yo sentía que me iba aproximando a mi meta.

Nunca me abandonó el temor de la frustración si llegaba a ella, porque era lógico suponer: el secreto del universo debía ser, necesariamente grandioso, inabarcable, infinitamente vasto y complicado. ¿Podría una sola y pequeña mente humana absorberlo? Y cómo se daría: ¿visualmente, mentalmente, en magnitudes concretas, en sutiles y movibles pausas de tensión? Luego ¿estaría contenido en una fórmula de signos o de cifras, o sería más bien un tenso y extenso eslabonamiento de esquemas en cierto modo dispersos y en otro misteriosamente ligados entre sí, o acaso se generaría en planos y dimensiones desconocidas, por ejemplo siguiendo el curso de la división de la materia, más allá de la más mínima partícula imaginable, es decir no acumulando fuerza y grandeza, sino más bien concentrándose hasta el punto que la materia se desvanecería? Y si llegara a sorprender el gran arcano ¿podría soportar su carga terrorífica, no me anonadaría su descubrimiento, estaría en condiciones de transmitirlo al mundo? Recordaba las advertencias: ningún gran buscador, ningún profundo idealista o místico, ningún Maestro de Verdad reveló el sentido final oculto de su tránsito. Todos hablaron de exteriores apariencias escondiendo la suma espiritualidad de su proeza, porque proeza es pretender traspasar los límites de la frontera humana y hollar la superficie inviolada de aquello que no debe ser revelado.

Así entre exploraciones geográficas y laberintos del intelecto, proseguía mi extraña, interminable marcha hacia un horizonte que yo presentaba próximo y distante a la vez.

Una mañana desperté sereno, confiado, hasta alegre. Una nueva sensación de seguridad me visitó. No el sueño, sino la oscura y vaga remembranza de un sueño no que no podía recordar, me dio acceso a un estado eufórico: me sentí joven, vigoroso, rico de ansiedad y de esperanzas. Era como si estuviera ya frente al monte cónico, a punto de darme de bruces con la ansiada verdad.

"Bien puedo darme un descanso —pensé. Ahora me siento segurísimo, tengo la certeza de que voy por el tramo final: tendré mi recompensa a tantas fatigas y desvelos."

Fuime a un club nocturno que frecuentaba de tanto en tanto para apaciguar la tensión mental en que vivía. No soy un donjuan ni tampoco un varón gallardo. Nunca cifré en mis dotes físicas ese poder de atracción que atrae como imán a las mujeres, y las mujeres, a excepción de Elfrida, pasaron por mi vida como un elemento más en la intrincada madeja del vivir, sólo un elemento más subordinado a los muchos otros que integran la experiencia cotidiana. Griseaban mis sienes. Muchos sabían que era gente de dinero y ya se sabe: el dinero siempre atrae a las gentes, sobre todo a esas pobres muchachas que deben ganarse la vida exhibiendo sus dotes físicas. Soy o creo ser un hombre normal; tuve mujeres ni muchas ni pocas, a su tiempo, cuando me venía en gana y nunca me gustó aceptar lo que se me ofrecía, sino aquello que yo libremente escogía. En el club nocturno nunca acepte los requerimientos forzados de las muchachas, invitando a bailar. No quería herirlas e inventaba una piadosa mentira para alejarlas: "Estoy enfermo— les decía— sólo me gusta mirar." Probablemente ellas se corrieron la voz y así podía

quedar tranquilo un par de horas observando a las parejas, recogiendo frases aisladas, sumergiéndome en la selva humana que siempre ofrece sorpresas y novedad.

Esa noche, extrañamente contento, había cambiado signos con dos amigos, ambos casados, que se apretaban con sendas jóvenes del local, felices o aparentemente felices. No los envidiaba. Andaba yo por mi segunda copa de coñac y me divertía observando las miradas fugitivas, los ademanes nerviosos de un hombre y una mujer que burlando a sus respectivos compañeros de mesa, se atraían mutuamente sin poder manifestarlo abiertamente. "Tema para un novelista — pensé— ¿pasa tiempo o drama pasional?" Estaba distraído mirándolos cuando sentí la voz a mis espaldas:

— ¿Bailamos, señor?

Una joven se agachaba insinuante y sus ojos castaños ardían de malicia.

Era una hermosa mujer pero yo estaba en vena de cortejar y suavemente deslicé:

— Disculpe jovencita; estoy enfermo y sólo me gusta mirar.

Ella levantó las cejas fingiendo asombro y con voz atrevida agregó:

— No importa. Lo acompañaré. Pero no crea que deseo hacerle gastar consumiendo bebidas. Ya llené mi cupo por esta noche. Puedo acompañarlo sin pedirle nada.

Confieso que me causó sorpresa la intempestiva actitud de la muchacha.

— Siéntese —dije cortésmente.

Luego segur mirando la pista de baile y las parejas como si nada hubiese sucedido.

Después de algunos instantes la joven expresaba:

— No es usted muy galante que digamos. ¿Sabe que cualquiera de los hombres aquí presentes se muere para que vaya a su mesa?

— Lo creo. Yo no soy cualquiera de esos hombres.

La chica me miró enojada:

— ¿Pero usted no sabe que yo soy la reina de los "nights"? Soy libre, virgen, todavía no me acosté con nadie. Y además linda, joven, llena de atractivos. ¿No tiene usted ojos?

La miré de frente: era verdaderamente muy bella, con un cuerpo de curvas tentadoras. Si hubiese estado "en vena", la habría tomado pero esa noche no andaba en pos de amoríos.

— Niña —manifesté —busque otra víctima. Yo no le sirvo.

La chica me miró con furia:

— ¡Estúpido! Nadie ha rechazado a Fresia.

Pasó un largo rato. Luego la joven —era una espléndida hembra — vino a sentarse a mi lado.

— Supongo que no me echará usted...

— Nunca fui grosero con las damas.

Arrepentido de mi torpeza anterior más sin ninguna intención amorosa, le invité un trago y charlamos de cosas insulsas.

En un movimiento impensado mi mano rozó su brazo desnudo: quemaba. No sólo ardía su piel sino que transmitía su fuego. Jamás mujer ni piel algunas me habían causado esa sensación quemante de gozo físico. La muchacha, impetuosa y divertida —puro sexo, dirían los entendidos— emanaba ondas eróticas capaces de tumbar al más prevenido.

Juntó su pierna a la mía y sentí vértigo. Ciertos rozamientos me hicieron comprender el peligro que corría: ese cuerpo, esa piel, esa boca pedían a gritos la entrega a un amor delirante. Fresia era un volcán de carne y si se entregaba sabría amarrar a su vez para siempre al incauto que cayera en sus redes. Me pidió bailar y en el baile advertí, sintiendo su cuerpo flexible y vibrante, que se ceñía atrevidamente al mío, que si entraba en la muchacha ya no podría salir de ella. Nada de amor, de encanto; solamente la hidra sensual.

Si había renunciado a Elfrida, el amor puro ¿por qué no podría renunciar a Fresia, el amor sexual?

Aunque la mujer había prometido que haría lo que yo dijera —"seré tu esclava", aventuró no se si llevada por el capricho o por los tragos, o simplemente porque deseaba verme rendido a sus pies —me dí cuenta que en un segundo encuentro el esclavo sería yo. Y no volví al club nocturno.

En sueño o despierto, segura pensando en el día del hallazgo supremo que daría sentido a mi largo peregrinaje, a mi vida toda. Y a veces era tan intenso el deseo que en pleno día, con los ojos bien abiertos vera brotar en un dibujo irreal, sin líneas ni contorno, el monte cónico y la gran hendidura de su lienzo frontal.

Yo soy un asceta ni tengo pasta de héroe. No podía sacrificar mi existencia a una empresa desmedida que excedía a mis fuerzas y al tiempo limitado de mi existir. En un raptó de buen sentido me dije: si a los 55 no llego a mi meta, renunciaré.

Pero faltaban cinco años para llegar a ese límite transcurso pasé todavía por variadas experiencias.

## IX

Sonaron los primeros disparos y corrí a refugiarme en un zaguán. Después vinieron los estallidos de las granadas, el tableteo de las ametralladoras y los cañonazos. Aviones en vuelo rasante atronaban el espacio. Revolución. País convulsionado el mío, ¿y cuál no lo es en la turbulenta Sudamérica? Las revoluciones son frecuentes y los ciudadanos pacíficos que como yo no se mezclan en política ni en luchas armadas, no tienen otra salida que capear el temporal y resguardar sus vidas hasta que cese el fragor de la batalla. Es lo usual.

No podía cruzar la calle y dirigirme a mi casa, dos cuadras próxima, porque las balas surgían de todos los ángulos. Permanecí largos y angustiosos minutos en mi refugio bajo el temor de que un cañonazo o una granada explotaran haciéndome volar con sus restos. De pronto amenguó el fuego y sólo se oían disparos aislados. Escuché unos gemidos y me aventuré a salir a la acera: un hombre herido, sangrando, se arrastraba penosamente. Llevaba una pistola-ametralladora en el hombro. Me acerqué: tenía tres heridas, una grave en el pecho. Estaba muy pálido y debía haber perdido mucha sangre. Intenté conducirlo al zaguán para después ver la manera de conseguir asistencia médica, pero el herido, intuyendo mi intención, dijo con voz desfalleciente:

— Señor, señor. No lo haga. Debo llegar a la casa de la esquina —distaba unos treinta metros— y cumplir una misión. Prometí hacerlo... Y debo cumplir... Cueste lo que cueste...

— Pero está gravemente herido, no podrá seguir avanzando, puede costarle la vida —objeté.

— ¿Y qué... importa... mi vida... si, si... la revolución... vence... y... y... nuestro ideal... se...

Se arrastró un par de metros y se detuvo. Su agonía fué breve. Volteó la cabeza a la izquierda y expiró.

La revolución fué sofocada después de cuatro días de crueles combates. Se produjeron muchas bajas de ambos lados. Los diarios anunciaron que su jefe, un joven político idealista — valiente pero inexperto decían los comentarios— había perecido en una misión peligrosa en plena lucha. Se trataba del abogado Selinunte, un profesional brillante de 30 años, con mujer y dos niños, que había arriesgado todo, inclusive la propia vida, por un ideal de patria nueva, porque Selinunte — afirmaban— no era un vulgar ambicioso de poder, sino un patriota desinteresado que soñó cambiar lo que a su juicio andaba mal.

Me impresionó profundamente el caso. Había visto agonizar a un hombre que entregó su vida por un ideal. Y me avergoncé de regatear la mía por un objetivo que podía ser menos noble, menos útil, pero que en el fondo respondía a la ambición entrañable de sacrificarlo todo en pos de una empresa arriesgada.

El sacrificio de Selinunte me hizo abandonar el límite pueril de los 55: no señor, yo seguiría mi búsqueda sin cesar, hasta el fin de mis días sin válvula de escape, porque aun siendo ella algo puramente subjetivo que sólo a mí interesaba, se revestía con la luz misteriosa del ideal que enardece el corazón de los hombres.

A esta altura de la vida podía analizar maduramente lo hecho y lo probable por hacer. ¿Qué había logrado en tantos años de exploración y de meditaciones? En realidad nada. Sólo encontré pistas vagas, indicios. ¿Existían, verdaderamente un arcano de arcanos y un método para llegar a su seno? Bien mirado, hondamente pensado el asunto aparecía imposible. Un río, un árbol, un monte alineados para un suceso final se perfilaban más irreales que concretos; y en cuanto a resolver el enigma aparecía más inalcanzable aún. ¿Puede haber un tonto que se empeñe en suprimir el misterio del mundo? Ese tonto era yo y a veces, en mis soliloquios, o al despertar en las noches sin poder conciliar luego el sueño reflexionaba en mi absurdo: el secreto del universo no es aprehensible porque el misterio es la esencia del universo, debe subsistir en eterno desafío a la mente. Y sin embargo los tratados religiosos, las filosofías, y los textos ocultos revelan que hay seres capaces de captar las verdades más recónditas, de desentrañar la trama del tiempo y del espacio que a su vez configuran el arcano cósmico. Luego, aunque cien veces la razón crítica me decía que sesgaba los límites de la locura, porque el enigma supremo está vedado a la comprensión humana, cien veces un sentimiento intuitivo daba apertura a la esperanza.

Serena y reflexivamente dos corrientes encontradas trabajaban mi espíritu, la negativa sugiriendo la imposibilidad práctica de un resultado favorable, la ideal o intuitiva que aconsejaba no rehuir los tramos finales para coronar mi búsqueda.

Llegué a conocer al “Gran Maestro 9” del área andina, casi inaccesible para el común de las gentes. Un iniciado del tercer grado me condujo a él. Me acogió fríamente sin poder disimular su desconfianza. Su mirar penetrante y sus ademanes pausados imponían respeto. Formuló muchas preguntas, escuchó pacientemente mis respuestas así como el largo relato de mis experiencias en pos del gran secreto. Vestía un ropaje blanco, amarillo y azul y cubría su cabeza con un tocado alto que terminaba en punta como en los frescos de los antiguos magos. Estaba cargado de electricidad, pues de tanto en tanto brotaban chispas de sus dedos o arrancaba raras fosforescencias al tocar los objetos del cuarto. Tuve la sensación de que por sus ojos negríssimos cruzaban mundos, vidas, cosas, sucesos en vertiginoso acaecer. Y su voz sonaba como las notas graves y profundas de un violoncello.

— Maestro pregunté —¿existe o no existe el Secreto del Universo? ¿Voy tras de un fantasma o persigo algo real?

El contestó pausadamente:

— No existe para los que dudan de su existencia; existe para quienes creen en él.

Agregué vacilante, temiendo ser rechazado:

— Escuché que usted forma hombres y destinos. ¿Puedo merecer la merced de su atención?

El Maestro 9 repuso sin mirarme mientras sus ojos se remontaban al confín lejano de la cordillera:

— El tiempo de los Creadores pasó. Los Maestros no formamos. Yo sólo indico caminos.

— ¿Y cuál es el mío? — interrogué ansioso.

— Tu camino parte de ti; ¿por que lo buscas en otros?

Intenté explicarme, justificar los móviles de mi búsqueda. Después de oírme el visitado me preguntó qué méritos tenía para acometer tan elevada misión. "¿Méritos?" —balbucí—. No he pensado en ellos. Pensé que cualquiera puede aspirar a conseguir altos logros." El Maestro 9 sonreía, sonreía. "Sí, añadió —todos pueden intentarlo, pocos llegan." Seguimos dialogando extensamente y al despedirnos Maestro 9 expresaba:

— Toda gran causa se ganó, además de riesgos y sacrificios, con esa fuerza mística que purifica el curso de los humanos. Tu buscas, te esfuerzas ¿pero es porque juzgas noble tu búsqueda o por la vanidad de convertirte superior a los demás en inteligencia al descifrar las últimas verdades? Cuando el desinterés venza sobre el móvil egoísta de predominio individual, estarás más próximo a tu meta.

Yo siempre había vacilado entre deísmo y ateísmo. Períodos en los cuales creía en ese poder supremo, creador de todo lo existente al que llamamos Dios; y otros en los que sólo admitía el influjo de la naturaleza increada, existente por sí y desde siempre, toda hecha de energía, electricidad y azares. Tampoco me sentía con inclinaciones de santón, ni podía dar un sentido místico a mi búsqueda que la veía más como una aventura incitante, una empresa de constancia y de osadía, y en última instancia como un riesgo y una victoria o un descalabro enteramente personal.

Maestro 9 me hizo pensar mucho con sus palabras, mas no llegué a comprender bien por qué, para vencer, debía purificarme. ¿Purificarme de qué si no era malo ni vicioso, si transcurría en un pasar normal, como cualquier hombre sencillo?

Otra vez leyendo una noticia sobre descubrimientos astronómicos quedé helado de espanto: los famosos agujeros negros del espacio, restos de estrellas que estallaron elaboran una materia tan densa y concentrada que una porción de ella equivalente al contenido de un dedal puede pesar miles de millones de toneladas. La idea es simplemente inconcebible: mi pequeña mente no podía aceptar que una porción reducidísima de materia pudiera pesar tanto como todo un astro o más. También me perdía en las cifras aterradoras, realmente inaprehensibles para una inteligencia media, que se refieren a la existencia de estrellas y galaxias, y a las distancias inverosímiles que las separan unas de otras, o en esa expansión que las dilata a velocidades increíbles en fugas vertiginosas ¿hacia dónde y para qué?

La astronomía fué la enemiga más temible en mi atrevida búsqueda. Si uno sólo de los enigmas que descubre la astro-física, si uno sólo de los misterios que encierra la materia —¡y son tantísimos, innumerables! —se presenta inabarcable ¿cómo podría yo alcanzar el secreto final de un universo que se presenta múltiple, infinitamente vasta, infinitamente diversificado, como una galaxia de arcanos que exigiría a su vez una galaxia de mentes lúcidas para ser comprendido?

Salí desolado a la terraza. Era la hora indecisa en que la tarde y la noche se despiden. Abrumado por mi pequeñez e incapacidad frente a la inmensurabilidad y complejidad del cosmos, me sentí caer, caer en un vacío insondable... Todo resultaba inútil: era simplemente un loco. Mi búsqueda no tenía sentido.

De pronto una estrellita lejanísima comenzó a emitir chispas enigmáticas, verdes, áureas, azules, rojas. Se movían velocísimas, proyectándose en finos filamentos de ida y regreso, como un extraño lenguaje de signos cromáticos que creí recoger:

— No desmayes, no desmayes: ¡llegaras!

Y la fe volvió a mi espíritu ahuyentando los fantasmas de la razón y de la lógica.

## X

Estaba parado en una esquina sin poder cruzar la calle por el intenso tráfico de vehículos. Reflexionaba en mi curiosa existencia: hoy confundido en la turbamulta de la jungla citadina, mañana recorriendo solitario las altas planicies andinas. ¿Quién pensaría que era un individuo cualquier, un ser más, y sin embargo un pesquisador de tipo extraño, alguien que superaba en ambición y audacia a los más intrépidos?

No tenía apuro. Observaba tranquilamente el desfile ininterrumpido de los automotores y la multitud que se desparramaba por las aceras, todo diverso, todo igual simultáneamente, porque personas, casas, cosas, vehículos son todos semejantes y no obstante por su posición y movimiento cambian, sin cesar. "Pequeñitos y mezquinos en su gran parte, afanados en sus menguados, móviles cotidianos, ansiosos de volver a la prisión de sus casas. ¿Qué altos sueños, qué supremos objetivos pueden mover a estas hormigas humanas?"

De pronto un raro sujeto —un bonzo, un indochino, qué sé yo —ataviado a la usanza oriental, de un salto agilísimo cruzó por el río de los carros sorteándolos con pasmosa flexibilidad. Lo extraño fué que apenas lo divisé sentí la imperiosa necesidad de seguirlo: el desconocido me atraía como el imán a una aguja.

Sentí, repito, una fuerza irresistible que me inducía a seguirlo pero también comprendía que sería suicida meterse en el moviente remolino, a mi edad, sin la agilidad y sin la vivacidad de reflejos musculares que permitieron al desconocido desafiar el torbellino motorizado. Vacilé unos segundos entre el deseo y el temor y de pronto impulsado por un poder extraño imposible de evitar me lancé a la vorágine del tráfico sin medir las consecuencias. Fué catastrófico y casi me cuesta la vida, porque no pude imitar en velocidad y destreza al desconocido. Algunos vehículos frenaron bruscamente y sus conductores me llenaron de injurias, dos me rozaron peligrosamente y un tercero de un fuerte empellón me arrojó a la acera del frente.

Las gentes se agolparon, me ayudaron a levantarme y escuché algunas veces de censura: había sido un loco, un temerario en desafiar el cruce sin aguardar la luz verde.

No les hice caso y aun dolorido por el golpe busqué ansiosamente al oriental que se perdía por una callejuela cercana. Corrí con todas mis fuerzas y alcancé a ver que se introducía en una casita de dos pisos de humilde aspecto, perdida casi entre varios rascacielos.

La puerta estaba abierta. No puedo decir que era una tienda, porque se trataba mas bien de un galpón donde se hacinaban toda clase de muebles, objetos y cosas raras. Algo así como el recinto de un anticuario mezclado con una liquidación de objetos usados. Al fondo, sobre un bajo y ancho diván con almohadones, plegadas las piernas y fumando sendos narguilés, un anciano de barba blanca y mi desconocido conversaban en voz baja.

Me aproximé, los saludé y pedí que me permitieran alternar con ellos. O no me oyeron o no les importaba mi presencia, pues siguieron conversando con voces pausadas. Hablaban una lengua que yo no comprendía, bien articulada, de suaves modulaciones que a veces, por su musicalidad me recordaba giros del italiano o del portugués, solamente por su fina sonoridad pero para mí imposible de comprender. Decididamente: yo no existía para ellos. Súbitamente me pareció que el diván levitaba algunos decímetros del suelo y lo envolvía, en la base, una nube de oro y esmeralda. El galpón se transformaba en una inmensa llanura de leves colinas y detrás de los interlocutores se erguía una estela india de amaranto traslucido, en la cual se dibujaba un Buda de admirable belleza. El paisaje del fondo se movía suavemente detrás del diván, o era él que se deslizaba como una nube sobre los accidentes del paisaje. Una música en sordina brotaba no sé de dónde y los dos personajes proseguían su charla matizada por lentos ademanes y movimientos de asentimiento con la cabeza. De un ángulo vi surgir una escena guerrera sin gritos ni estridencias bélicas. De otro un huracán destruía un ejército de palmeras. Una pagoda altísima

de muchos pisos lamía los cielos. Había un puente descomunal que se perdía en arco sobre el horizonte. Y bruscamente éstas y otras escenas increíbles giraban al compás de un trompo multicolor gigantesco. Pero los dos personajes, sin perder su compostura, como seres transparentes, se mantenían en primer plano como si nada perturbara su diálogo. Permanecí no sé cuanto tiempo en ese plano de irrealidad, ofuscado por la acumulación de escenas y sucesos inesperados que coexistían simultáneamente. De pronto el anciano de barba blanca hizo un signo con la diestra y todo se desvanecía al conjuro de un llamado misterioso. El diván descendió del aire, el galpón recuperó su aspecto desordenado y el bonzo, hablando ahora en mi idioma, hizo tres reverencias y dijo claramente: "Gracias, Maestro."

Seguí al bonzo que se internó por una serie de callejones y graderíos. No me había mirado siquiera o no le interesaba mi presencia. Tampoco volteó la cabeza para indagar por qué lo seguía. Caminaba ensimismado. Se detuvo frente a un portalón bajo y creí preciso el instante para abordarlo.

Sacó una llave extraña y mientras la introducía en la cerradura le pregunté con timidez:

— ¿Podría explicarme por qué arriesgó su vida y la mía obligándome a seguirlo en el cruce de la calle? ¿Y por qué estoy aquí esperando algo de usted?

El desconocido me miró impasible. No habló, pero por una onda telepática entendí que transmitía este mensaje: si no hubieras atravesado la calle, arriesgándote, tu aventura habría terminado. Ahora puedes perseguirla, mas no olvides: la realidad es mucho más vasta, compleja y misteriosa de cuanto supones y Maya, la ilusión, te acecha sin cesar. Guárdate."

Se trataba de una prueba más y la danza de visiones en el galpón desordenado otra cordillera de obstáculos que debía desechar. O vencer.

Jamás volví a encontrar al bonzo, un transtibetano talvez que ignoro qué hacía en las planicies andinas.

Mi sobrino Recaredo estuvo a punto de malograr mi empresa. Era inventor y se pasaba horas y días dibujando ingeniosos artefactos que, según él, transformarían la técnica viviente. Gran razonador, sutil dialéctico, Recaredo demostraba con argumentos irrefutables que sus creaciones eran perfectísimas; hasta llegó a probarme, en pequeños modelos, que sus artefactos funcionaban a maravilla. Y era así: en sus planos y en sus demostraciones de taller o de laboratorio, todo andaba admirable. Mucho tiempo estuve fascinado por su vuelo inventivo y por sus imbatibles razonamientos. Hasta financié algunos de sus experimentos. Pero sucedía algo raro: cuando uno de sus inventos entraba a la etapa final, es decir el momento que debía probar su eficacia, fallaba un detalle cualquiera, grande o pequeño y la máquina ideada no llegaba a funcionar. El saltaba alegremente a trabajar de nuevo: "no importa —alegaba— olvidé ese detalle. Lo subsanaré." Y volvía a sus cálculos complicados y a sus febriles dibujos y armaduras manuales.

Me seducían, en Recaredo, la fe inquebrantable, la manera lúcida y confiada cómo exponía sus ideas. Su taller era un gran reservorio de planos, proyectos, máquinas a medio construir, inventos útiles o frívolos, todos a medio andar, un laberinto de ruedas, poleas, transistores, grupos electrónicos, y muchas otras cosas que yo no sabría innumerar. El taller de un brujo, pero a diferencia del hombre de Menlo Park, mi sobrino no acertaba a concluir nada de lo empezado, es decir: no llegaba a llevarlo a la práctica. Todo quedaba en proyecto.

Después de varios meses de atenta observación y cansado de darle reflexiones que siempre rebatía con lógica estupenda, le insinué que abandonara sus inútiles empeños:

— Al contrario, tío —expresó— iba a proponerte más bien que te asocies conmigo. Yo tengo el genio inventivo, tú el genio práctico. Si trabajamos juntos, todo saldría bien.

Pensé que podría tener razón. El ignoraba mi búsqueda secreta y efectivamente, era permeable a los buenos consejos si les encontraba aplicable utilidad. Más justo y más razonable

que persistir en mi quimérico propósito, habría sido asociarme a Recaredo para elaborar inventos, cosas útiles, de beneficio común.

Su proposición me tentó. Claro que yo carecía de los talentos de mi sobrino: ni matemáticas, ni física, ni mecánica, ni ciencias electrónicas estaban a mi alcance; pero yo advertía que en el manipuleo de sus ideas y sus cálculos, solían presentarse unas pausas en las cuales él no ajustaba su previsión con la realidad. Esa pequeña pausa era como un espacio blanco en sus ideaciones, y yo, precisamente, veía con claridad cómo llenar ese vacío con un añadido práctico que eslabonaba perfectamente sus complicadas construcciones unas con otras. En pocas palabras: mi sencillo cerebro poseía el tornillo de ajuste que faltaba en su complejo cerebro. Y llegué a creer que aunando esfuerzos Recaredo y yo podíamos transformarnos en dos famosos inventores, pues dos o tres experimentos que hicimos no tardaron en convertirse en máquinas de uso general.

Todo parecía andar bien. Poco a poco Recaredo volvía a sus empecinamientos anteriores. Acogía con suavidad mis indicaciones, simulaba seguirlas, pero luego persistía en lo suyo pasando por alto esos pequeños ajustes que a la larga frustraban sus brillantes ideas. Comprendí que al principio había cedido sólo para, asociarme a su trabajo y que una vez obtenido su propósito, daba rienda suelta a su desenfrenada inventiva de la que nadie podría apartarlo.

Realicé un balance crítico de los últimos experimentos y le demostré o creí demostrarle que si hubiera seguido mis advertencias, al menos algunos de ellos habrían alcanzado la etapa de practicidad que les faltaba. Refutó mis demostraciones con ingeniosos argumentos.

Tío, yo soy el inventor. Tú me colaboras mas te falta imaginación. —Y se reía suavemente para no herirme.

Fué inútil. El volvió a su manera genial y desordenada. Saltaba bruscamente de un invento a otro, de una idea a otra más compleja, efectuaba sorprendentes combinaciones que en teoría producirán famosos resultados, pero luego resultaba que al final los inventos no llegaban a cristalizar en finales positivos. Por algún tiempo seguí fascinado por su labia, por el entusiasmo y el rigor con que explicaba sus ideas. Era todo un espectáculo: jamás me cansé de escucharle. Admitía errores, era receptiva a la crítica, mas se daba buena maña para refutarla con argumentos habilísimos. Yo pensaba que había equivocado su vocación: de diputado o de maestro había llegado a la cumbre.

Hice cuanto estuvo a mi alcance para convertir a Recaredo de inventor laberíntico en genio práctico. ¿Cómo era posible que tantos talentos, tan fina inteligencia y tan asombroso poder inventivo desembocaran en esterilidad?

Una noche, después de larga sesión en la cual nos enfrentamos criticándonos recíprocamente, concluí, manifestándole que a su inteligencia creadora le faltaba el toque final, ese toque mágico que lleva a la victoria. Si sigues así, multiplicando tus afanes de una meta otra, desordenado, desorbitado, captando y desechando ideas como relámpagos, abandonando lo que ya anda bien encaminado, o persistiendo en variaciones dispersas, darás la sensación de que te estás volviendo loco...”

Recaredo sonrió con dulzura:

— ¿Qué importa que así sea si soy feliz en lo que hago?

Quedé sin respuesta. Comprendí que Recaredo era más cuerdo que yo. No buscaba el éxito, sino la genialidad de una conducta: lo que él hacía y cómo lo hacía eran cosa suya. Poco le importaba el juicio ajeno. Y naturalmente era dichoso.

No volví al taller de mi sobrino. Ignoro en qué terminará su maravilloso y absurdo devaneo mental. Mas creí sentirme enriquecido por una nueva experiencia: ¿qué importaba si no llegaba a mi meta? Lo esencial era la búsqueda en sí misma, el camino que recorría para llegar a ella, esa fuerza de impulsión que me dispersaba a los horizontes y que sin embargo me concentraba tenazmente en los confines interiores.



El gran secreto, la cifra incógnita del universo ¿existen acaso? ¿Pueden, razonablemente, existir?

Al día siguiente reemprendía mi tarea sereno, confiado. Lo esencial era persistir en el rumbo elegido. Si llegaba o no a destino, qué importaba.

Llegué a pensar si no estaría tan loco como Recaredo.

## XI

Harvey, astrónomo, físico y naturalista —extraña y triple disciplina que rara vez se produce, discutía con algunas personas de mucho saber. Yo me limitaba a escucharlos.

— No existe la unidad — dijo el sabio, ni en la naturaleza terrestre ni en la vastedad del universo.

— Pero idealistas y filósofos la invocan, desde hace siglos, como la razón última de todo cuanto existe.

— Es sólo una idea, una aspiración, un esfuerzo mental para tratar de comprender lo que sucede. El hecho de que en el universo predomine el hidrógeno, no quiere decir que el universo sea solamente hidrógeno; tampoco en nuestro mundo, porque la mente humana lo escrute y trate de entenderlo todo, significa que la inteligencia del hombre resume el mundo. Hombre, mundo, universo son fenómenos tan vastos, múltiples, complicados, compuestos de infinitos ingredientes y partículas que se asemejan unas a otras en cada grupo particular, pero esos grupos particulares, como las estrellas son tan numerosos y diversos que no pueden reducirse a la unidad.

— Y Dios, para usted, ¿tampoco existe? O es politeísta y negando una sola idea de Dios los admite a todos, apoyando su tesis de que nada confluye a lo unitario.

— La religión es cosa aparte, prodigiosa. Es posible que para el creyente todo confluya y se resuelva en la palabra Dios; repito, en la palabra, porque para un pensar científico si Dios existe debe ser más complicadísimo sistema que una simple verdad.

— Entonces se admite la unidad desde el punto de vista religioso.

— La admite el creyente mas no todos creen; y unos y otros pertenecen al monstruoso y variadísimo organismo de la vida en el cual proliferan células, grupos particulares, órganos, clases, especies, individuos. Salgamos del plano religioso porque en él sólo se teoriza o se idealiza: nada es demostrable.

— Lo mismo sabios que ocultistas sostienen que el universo —macrocosmos— es igual al hombre —microcosmos— y que la astr-ofísica lo mismo que la microfísica, reflejan fenómenos semejantes.

— Semejantes en apariencia, porque nuestra mente les da configuraciones afines para comprender mejor los fenómenos que nos rodean. Más si se profundiza el estudio de la constitucional estructura de las galaxias y las estrellas, del ser humano como torbellino en movimiento, y del mundo intraatómico, se comprobará que se comportan de diverso modo el astro, el hombre y el átomo. Apariencia de semejanzas y afinidades si la hay, solamente apariencia. En esencia nada se parece a nada: todo es diverso.

— Si todo es distinto y la diversidad de seres y accidentes infinita, habitamos el laberinto, la Babel cósmica.

— Exactamente. El ingenio más atrevido de nuestro siglo, el Padre Teilhard de Chardin, con su famosa teoría de la Cristogénesis y el Punto Omega, quiso centrar en el Cristo el misterio del universo, la tentativa más audaz para llegar a la eternidad. Tentativa nobilísima, ciertamente.

Yo mismo, cristiano, respeto y admiro sus esfuerzos para unir la religión con la ciencia, pero la realidad desmiente su teoría: Cristo aparece hace poco menos de dos mil años y el universo existe hace millones y millones de años; no puede lo reciente explicar lo permanente.

— Tiene que existir, necesariamente, algo —cifra, fórmula, idea, sistema, configuración mental— que explique en síntesis concéntrica todo lo distinto y disperso. Se cree que las matemáticas son el lenguaje con que se expresa el universo; ¿no podrían, ellas, representar la realidad por una fórmula cifrada que nos aproxime a la unidad? La fórmula célebre de Einstein, por ejemplo ¿no es una aproximación al enigma final?

— La fórmula einsteniana se refiere únicamente a aspectos determinados del acontecer cósmico, mucho más vasto y complicado que el cerebro genial del físico y matemático germano. La teoría de la relatividad no es inmutable: ya se discute y se modifica. Puede que sea abandonada en el futuro. Hoy pensamos que masa es igual a energía y que la gravitación y el electromagnetismo pueden englobarse en un sola signo; mañana esas apreciaciones la ciencia podría suplirlas por nuevas ideaciones mentales, porque al cabo todo cuanto el hombre piensa y expresa sobre los enigmas del universo, son sólo representaciones de su propia mente. Y la mente nos enseña, a cada instante, que el milagro de la vida es, precisamente, éste: todo es distinto, todo se desplaza hacia la diversidad y la multiplicidad.

— Si todo fuese así, si vivimos en el torbellino infinito e inexplicable de la multiplicidad, el hombre estaría ciego y perdido en un caos de fuerzas innumerables. Creo que la inteligencia nos ha sido dada justamente para poner orden en ese caos mediante síntesis apretadas, y representaciones del intelecto que tienden a simplificar lo complicado, a reducir lo desmesurado, a introducir un principio de orden y razón en el vórtice cósmico que de otro modo nos arrastraría a la locura. El principio de razón suficiente induce al hombre, siempre, a encaminarse hacia la unidad, aunque ella no existe, en estricta verdad, ni en el cosmos, ni en la naturaleza terrestre ni en la inmensidad sideral. Si la mente se pierde en la locura de los espacios estelares y de los vacíos intra-atómicos, sólo nos queda la varita mágica de la inteligencia para intentar organizar nuestra comprensión de los fenómenos.

— Admitido que exista en nosotros la aspiración a comprenderlo todo por la idea de unidad. Aspiración, nada más. Pero cuanto más se ahonda en el estudio de cualquiera de las ciencias, con mayor fuerza se pierde la mente en la vastedad y la complejidad. Los cristales ópticos, la física y las matemáticas nos revelan tales maravillas, tal infinitud de sorpresas y nuevos campos de investigación, lo mismo en el cielo estrellado que en el inasible mundo de las últimas partículas: todo es diverso, todo cambia, todo se mueve frenéticamente, y esa ley de agitación universal, más invisible que perceptible, es, acaso, la ley suprema de todo lo que existe, pero ni aun ella se resuelve por la unidad porque se cumple en forma y accidentes diferentes según la materia y circunstancias del fenómeno observado.

— A estar a sus ideas, profesor, —¿seríamos los prisioneros del torbellino cósmico?

— Prisioneros no, porque la inteligencia nos rescata de la confusión.

— Nos rescata de la confusión para un avanzar a un principio de orden, de regularidad en la comprensión de los fenómenos, y entonces, inevitablemente, universo y mente humana requieren de la idea de unidad para concertarse y en tenderse. Ni el hombre es cosa aislada ni el universo asunto aparte: ambos se interpenetran, se comunican, por desmesurado que sea éste, por ínfimo que resulte aquel, algo nos dice que el infinito cosmos y el finito varón terráqueo van hacia un fin incomprensible, por ahora, que acaso un día llegaremos a entender.

— No lo niego —adujo Harvey— pero ese día la conciencia del hombre habrá evolucionado tan ampliamente, que impondrá la ley de multiplicidad-diversidad sobre las quimeras de la presunta unidad que no se da ni en la naturaleza ni en el hombre.

Salí abatido de escuchar esta conversación. Llegar a encontrar el Arcano Mayor significaba, en el fondo, dar un tratamiento unitario a la comprensión del universo. Yo andaba tras de algo que Harvey desahuciaba enérgicamente con su poderosa inteligencia y su vastísimo

saber: si no existe la unidad cósmica, una medida de valor general ¿cómo existiría, a su vez, la fórmula, cifra, signo o idea que la represente?

¿Había desperdigado mi vida en la búsqueda estéril de algo inexistente? ¿Y seguiría empeñado en una aventura sin salida?

## XII

Solía tener un sueño extraño que se repetía en forma irregular: unas veces con insistente frecuencia, otras con largos lapsos de tregua. Se producía así:

Yo levitaba en ascensos suaves que me colocaban a varios metros de altura y alcanzaba los techos de casas de varios pisos, no sin pasar por el miedo de no poder alcanzarlos. Una vez arriba, disfrutaba la sensación de victoria y luego descendía con igual suavidad siempre asediado por el temor. Después de esos ascensos que constituía como un entrenamiento onírico, bruscamente aparecía una elevada torre de muchos pisos que de sólo mirar su cima infundía vértigo. Entonces comenzaba la última y más difícil etapa de mi sueño. Nuevamente levitaba hasta los techos de edificios que remontaba uno por uno, y luego debía transportarme, por mi solo esfuerzo hasta la encumbrada lejanía de la torre cimera que me aguardaba desafiante. Era la parte más angustiosa del sueño, porque no alcanzaba su cornisa superior, sino que subía y descendía varias veces en estériles esfuerzos por llegar a la cima, siempre acosado por el temor de caer y de comprobar que mis fuerzas —esas fuerzas enigmáticas que me elevaban por el aire— flaqueaban y detenían mi ascenso.

Este sueño se repetía innumerables veces a lo largo de muchos años. Era, ya, como un compañero familiar al cabo de cuyo encuentro me despertaba con una sensación de victoria trunca, escamoteada, porque si bien recordaba la alegría de poder elevarme por mi sola voluntad por los aires, ella se teñía de amargura al pensar que jamás alcanzaba a posarme en lo alto de la alta torre sombría y desafiante.

Me pareció inútil consultar con un psiquiatra: para mí este sueño simbolizaba mi propia vida, mi tremenda aventura; estaba claro: jamás llegaría a sorprender el Gran Secreto, como nunca conseguía, durmiendo, poner pie en la torre enhiesta y sombría. Llegué a pensar que vida y sueño, aunque se dibujen en geometrías diferentes, son una sola cosa: abierta y perfectamente legible la escritura de los días, cerrado y críptico el alfabeto de las noches.

Tenía un respeto instintivo por el sueño de mis levitaciones. No que volara; ascendía y bajaba solamente, en increíble movimiento vertical, pero al romper la quietud del aire y mantenerme ingrávito como suspendido en el vacío, me sentía un ser superior a los demás y debo confesar que los delirios del ascenso y de flotar en el espacio no se comparaba con portento alguno de los sucesos diurnos.

Después de muchos años e innumerables sueños, víme, en cierta experiencia nocturna en un paisaje diáfano, que la luz selénica iluminaba nítidamente: una vasta plaza circular, contorneada por edificios de diversa altura y coronada por la elevada torre ya conocida en mis oníricas andanzas. Levité fácilmente hacia los edificios menores. Luego, con dificultad, a otros más altos. Cuando me aproximaba a la torre —revestida de azulejos negros y brillantes— un temor instintivo me paralizaba en el aire: no podía ascender a su cumbre, no pasaba ni de la mitad de su elevada estructura. Estuve mucho tiempo en inútiles tentativas por remontarme hasta la corona cimera que me desafiaba de lo alto, sin poder lograrlo. Todos mis esfuerzos se frustraban a mitad del ascenso, tal vez un poco más allá, pero aun faltaban muchos pisos por vencer. Y en esta ocasión, excediendo la angustia de los incontables sueños anteriores, yo sentía que se jugaba mi vida misma: si no llegaba a la cima, me estrellaría en caída vertiginosa. ¡Tenía que vencer! Pero la torre diabólica permanecía enhiesta, hermética, silenciosa observando impasible mis reiterados fracasos: no podía elevarme a su altísima altura. Unas veces enfurecido, otras desesperado, intenté repetidamente y en vano alzarme hasta la soberbia masa de acero y vidrio que proyectaba una sombra fatídica en el suelo. No puedo describir la sensación inenarrable de esos sucesivos asaltos a la masa gótica que se perdía en los cielos. En cada ascenso un poquito más, una furtiva alegría, y luego la decepción de la impotencia al no poder continuar elevándome por los aires. Me sentía ya derrotado, esperando que terminas el sueño —porque yo sabía que se trataba de un sueño— para acabar con mi angustioso empeño, cuando

súbitamente recordé la infancia olvidada, volví a la fé de mis mayores y evocando las oraciones que mi madre me enseñara, imploré fervorosamente al Señor que me permitiera coronar mi hazaña. Fué como si una nueva energía invadiera mi cuerpo y mi alma. La lucha se desenvolvía igual: subir, detenerse, descender, volver a subir, en medio de fugaces júbilos y hondos desfallecimientos, hasta que en una decisión súbita comencé a levitar sin pausa, siempre hacia arriba, difícilmente, realizando grandes esfuerzos en medio de los cuales seguía implorando la ayuda divina. Y así, entre fatigas exteriores e íntimos empeños, no sin momentáneas detenciones, atravesado por el ansia de vencer y el temor de una nueva frustración, rogando siempre al Señor: "¡ayúdame, ayúdame!", pude vencer piso por piso los tramos finales de la tremenda elevación hasta pisar, exhausto y tembloroso la corona cimera de la torre altísima y sombría.

Cuando puse mis plantas en ella sentí que la masa colosal se estremecía de ira. Temí que fuese a derrumbarse. Luego se aquietó y se transformó en una torre altísima, blanca y azul, que resplandecía a los fulgores del sol matinal. ¡Había vencido!

No tuve tiempo de saborear mi victoria, porque en ese instante desperté. Fue así cómo supe que mi búsqueda no sería vana, me encaminé a un templo y pedí al Señor, con humildad, que me permitiera convertir mi sueño en realidad.

A partir de esa noche, la fuerza diamantina de la fe ya no me abandonó. Yo comprendí que Dios, guardador de todos los enigmas, no me los revelaría, pero si me ayudaría a encontrar algo que diera fin y sentido a mis pesquisas.

Hice un extenso recuento de todo lo aprendido y aprovechado en tantos años. Conocía buena parte del planeta, mucho de mi patria, todo género de razas y costumbres, había penetrado secretos de la naturaleza que están ahí, a la vista de todos, pero que pocos se esfuerzan en ahondar y captar su sentido. Repito lo que sostuve tiempo ha: no tengo pasta de héroe, de sabio ni de prohombre; soy más bien un varón cualquiera, corto de ambiciones en la vida cotidiana, terriblemente ambicioso en mi pasar interior, porque me propongo algo que muy pocos intentaron. Y aunque parezca insólito, tengo el carácter firme pero he vacilado muchas veces entre si seguir o abandonar mi tarea, no porque me desmayara el ánimo, sino porque solía oscilar entre la intuición del triunfo y las sazones de la frustración.

Una tarde, sentado en un café al aire libre, viendo pasar la cinta multicolor de gentes y vehículos, pensé que a los 52 años de vida tenía derecho a optar por un camino definitivo para la etapa final de los años crepusculares: o persistir en mi aventura indagadora, o retirarme honrosamente después de esfuerzos infructuosos para subsistir en pacífica indolencia, apoyado en mis holgados ingresos.

Medité mucho el caso. Pesé las ventajas y desventajas de cada uno de ambos caminos, y al cabo concluí en un incidente ingenuo que lo cuento no porque él hubiese decidido mi destino, sino porque todo ser humano, culto o inculto, no puede sustraerse a las pequeñas supersticiones o hábitos que la religión sugiere desechar. Sucedió que un auto intensamente azul, se movió hacia la esquina próxima. "Si tuerce a la izquierda —pensé— debo proseguir mi búsqueda; si tuerce a la derecha, abandonarla." El auto torció a la izquierda. "puerilidades" me dije, pero un secreta instinto respondía: "no, augurios" Y antes de levantarme me propuse con firmeza no volver a vacilar jamás: seguiría mi marcha ciega hacia el Gran Arcano sin desmayo, porque esa era, verdaderamente, la razón de mi desconcertado existir.

Un día, desde la terraza de casa, atisbé en la distancia una pequeña punta de una loma que se divisaba muy lejana. Cogí los prismáticos y la imagen se agrandó: era un cerro, no muy elevado, de forma cónica. Seguí examinando el paisaje; de pronto descubrí que detrás del cerro de color violáceo, sobresalían tres vagas cumbres que por la mucha distancia no se definía bien si formaban parte del cerro o se alzaban en su torno. Además, un poco a la diestra, había la diminuta mancha verde de un árbol. El corazón me latió con violencia. Nunca fuí por aquella lejanía, sin embargo allí cerca, en mi propio paraje habitual —lejos para mis pies, cerca para mis ojos— estaban el cerro anunciado y el árbol entrevisto. Más aun faltaba el río turbulento y no existían ríos en ese lugar que sólo contenía una meseta plana y una quebrada anfractuosa. ¿Estaría soñando, otra vez, soñando despierto? Pero los prismáticos revelaban claramente la

escena: allí se dibujaban, nítidamente, el cerro cónico. Los tres picos que lo integraban o de lejos parecían integrarlo y la mancha verde del árbol próximo a sus faldas. Sólo faltaba el río que podrías correr por la quebrada, más nunca había oído decir que una corriente de aguas corriera por aquel paraje.

Me parecía absurdo: haber recorrido medio mundo y gran parte del propio territorio, cuando la materia de mis inquietudes se alzaba en mi morada natal, a pocos kilómetros de mi casa. ¿Otra jugarreta del destino, o el último velo detrás del cual se escondía la faz del enigma buscado?

Al siguiente día me encaminaba hacia el cerro cónico en mi "jeep". En dos horas crucé la vasta meseta y luego, a pie, trepé una ladera desde la cual se divisaba claramente el paisaje. El cerro era más grande de cuanto se veía desde la distancia. Su forma cónica resaltaba junto a tres picos que en forma de cuchillas la escoltaban, un poco al oeste. Y allí estaba, poderoso de copa y de ramajes, un añoso árbol. Pero entre la ladera que ya trasmontara y el cerro cónico se interponía. Una quebrada que calculé podría vencer en una hora más.

Súbitamente empezó a llover. Yo estaba bien provisto de mi traje impermeable y segar el descenso a la quebrada para luego subir hasta las faldas del cerro. Cayó una cortina de gruesos granizos. El agua corría por las vertientes de los cerros. Y bruscamente con el fragor de una estampida, al llegar yo al fondo de la quebrada, sentí que una riada se precipitaba por el cañón de las dos laderas montuosas. Imposible atravesar el ancho cauce de las aguas que bajaban furiosamente de la meseta.

Bajé hacia la izquierda buscando un sitio donde la quebrada se estrechara para intentar el vado. Después de doblar dos recodos, víme frente a un angosto de tierra que tendría entre cuatro a cinco metros de ancho y por el cual la riada pasaba colérica. Yo he conservado mis condiciones atléticas; fácilmente podía saltar cinco metros de longura, pero saltar, así, sobre un remolino de aguas enfurecidas, era otra cosa. Una voz secreta me impelía a realizar lo. Calculé la distancia, tomé impulso y crucé el angosto. No sé si fué la misma fuerza de impulsión o la decisión conque resolví arriesgarme, pero me pareció que una gran mano suave me ayudó al salto.

Luego ascendí por la ladera opuesta. Media hora después llegaba al plano inclinado al cabo del cual se erguía el cerro cónico. Caminé un tiempo más y avisté el frondoso árbol que divisara desde casa. Alto, de anchísima copa, no pude clasificarlo a primera vista: ¿un ceibo un nogal, un roble, un pino real, un eucalipto? Y el árbol estaba ahí, todavía mojadas sus hojas, ancho y macizo, veterano habitante del paisaje pelado y mesetil. Había pasado la fuerte granizada, no había brisa, y el sol lució en el cielo azul. Pero las ramas y las un hojas del árbol corpulento se agitaban como si un viento interior las sacudiera.

Avancé hacia el cerro: era mucho más alto de lo que aparentaba de la distancia y aun del fondo de la ribera opuesta. Su color violáceo, de cerca, se descomponía en tintes seminegros, de pizarra, bermellones, verdeoscuros. Desde su falda, apenas si se veían las tres cuchillas de una formación rocosa que de lejos fingían pertenecer al cerro mismo. "Tres centinelas amenazantes" —pensé. El gran lienzo frontal del monte no era parejo, acusaba planos irregulares, ondulaciones, asimetrías visibles, más ninguna hendidura que turbara la unidad de su masa rocosa. Desalentado lo contornee y al voltear, del Este, hasta colocarme frente al muro posterior del cerro, quedé aterrado: dejando una estrecha cornisa de pocos metros de ancho, abajo se abría un abismo de filos y vacíos. El imponente monte que visto del Sur se erguía bello y altanero, del Norte era solo una gran masa disforme cuya base caía violentamente en vertical alarde. Desde el flanco del cual yo atisbaba, se divisaba un pliegue, que podía ser la hendidura buscada.

Me moví con cuidado por el estrecho corredor evitando mirar hacia el vacío. Pedregoso, limpio de pasto y de raíces, el suelo hería mis plantas. Luego de una lenta y penosa travesía llegué al centro del lienzo posterior del monte: era exactamente como había pensado: una gran hendidura se internaba en el corazón del cuerpo montuoso. Vacilé antes de proseguir, luego cogiendo mi linterna me introduje en la gran cavidad del cerro. Pude dar algunos pasos guiado por la luz solar, enseguida sobrevino una densa oscuridad. Prendí la linterna y su potente rayo iluminó mi descenso. Una escalinata tallada en la roca descendía largamente. Recordé un descenso en

las galerías faraónicas de Egipto, pero esta bajada era aun más misteriosa porque toda la superficie rocosa, el techo y los muros flanqueantes, estaban cubiertos de rarísimas pinturas: seres, paisajes, cosas antes jamás vistos. Unas músicas suavísimas y extrañas brotaban no sé de donde. Y yo sentía unos pasos que me precedían, y otros que me custodiaban. La extensa escalinata, después de vencer varios rellanos y sortear algunos recodos, desembocó en un vasto espacio circular alumbrado por una viva luz gualda que extinguió el rayo de mi linterna.

Paralizado de estupor ví que al centro del inmenso anfiteatro, sobre un sencillo plinto rocoso se alzaba, a manera de altar, una mesa con un atril que contenía un enorme libro solitario.

Cuando me recuperé de la emoción que me poseía y avancé hacia el gran volumen, advertí que un águila con las alas desplegadas se mantenía encima de la escena central. Más que la cabeza del ave de presa parecía la cara de un Sumo Sacerdote de los antiguos tiempos, revestida de majestad y de hierático. Me aproximé a la mesa y de pronto ví que de todas partes brotaban millares y millares de cabecitas de niños, reducidas a mínimo tamaño, las cuales convergían en ondas de luz y de música hacia el plinto donde se elevaba el atril con el gran volumen cerrado. Me recordó los grandes misales del medioevo, de cubiertas ornadas con gemas y surcos áureos. Pero este volumen enorme presentaba una superficie lapídea de un azul intenso, de mar y cielo a la vez, y en la parte superior algunas palabras escritas en un idioma ignorado que no pude descifrar. De ellas se desprendían raras fosforescencias como queriendo hablar. A excepción del águila y de las cabecitas de niños, yo estaba sólo en el vasto anfiteatro. Por momentos me parecía que callaban las músicas, se esfumaba la grande ave y los niños y yo me sentía rodeado por una soledad y un silencio pavorosos.

Ahí estábamos, solos, anhelantes, fieramente encontrados, el Libro del Destino —así lo llamé desde el primer instante— y el tenaz buscador de sus enigmas.

Confieso que el miedo, un temor reverente, la indecisión se apoderaron de mi espíritu: ¿Debla detenerme o intentarla abrir el majestuoso volumen que, lo presentía, guardaba el Arcano Mayor de la Vida y de la Muerte?

Todo el panorama de mi existencia desfiló por mi mente, con mis pequeños éxitos y mis grandes errores, mis amores, mis desafectos, mis horas de júbilo y mis instantes de desaliento, los innumerables incidentes de mi larga y tenaz búsqueda. Vacilé, todavía, entre la prudencia de retirarme ante el Enigma, temeroso de la decepción que podría recibir, y la impetuosa curiosidad por levantar el Velo del Misterio, eso que Isis la Diosa de la Noche prohibía rasgar ni siquiera en su mínima fracción.

Quien no ha conocido los padecimientos, las auroras y crepúsculos de una extensa búsqueda que se prolonga a través de toda la vida, no puede imaginar la el torbellino de ideas y de emociones que cruzó mi alma.

El Libro del Destino contenía el secreto largamente perseguido. ¿Me atrevería a develarlo?

### XIII

Me acerqué aun más al Gran Libro que pesaba en mi ánimo como una montaña. ¿Podría mover su inmensa y pesada tapa? Y en sus páginas ¿vería desfilar el combate de las rocas y las aguas, del fuego y de los aires? Seguramente: habrían diluvios, éxodos, plutónicos ardores, guerras, terremotos, éxodos, plagas, hambre y destrucción como en los relatos bíblicos. Y también grandes victorias, osadas empresas, nacimientos de pueblos y naciones. Cordilleras de montes, cordilleras de pueblos. Allí estarían todo lo visto, lo leído, lo imaginado, desde el principio del mundo hasta el fin del universo. Porque el Arcano de los Arcanos debía contenerlo todo: lo sucedido y lo por suceder. Cuanto hicieron, planearlo e imaginario las mentes. Y muchísimas cosas más, secretos pavorosos de la materia, vislumbres de mundos fantásticos, revelaciones como galaxias. Creí que mi inteligencia crecía velocísima, desmesurada, a una magnitud universal, para poder absorber las inenarrables maravillas que contendría el Gran Libro.

Temblando de emoción no osaba levantar la inmensa tapa prodigiosamente ornamentada de metales y piedras preciosas. Unas manos invisibles la levantaron y comenzó el desfile de sus páginas. Las primeras páginas en blanco, a manera de un pórtico marmóreo. Pero luego seguían otras y otras, todas sin mácula. Ni letras, ni signos, ni tampoco imágenes: una blancura desnuda y silenciosa más aterradora que una escritura diabólica. Transcurrió mucho tiempo, en desfile interminable. Se cansaron mis piernas y los ojos ya sólo se dejaban llevar por ese campo algodónado de hojas sin vida, sin substancia escrita. Me invadieron el cansancio y la desazón. El libro de los arcanos ¿sería únicamente ese vacío de vacíos, el secreto del Universo la Nada? Al pasar una tras otra las páginas del colosal volumen difundían un leve sonido monocorde que de tanto escucharlo se me hizo fatídico.

Llegaba al límite de mi resistencia y de mis fuerzas en la exasperante sucesión de esas hojas vírgenes que vaciaban mi alma de toda esperanza, cuando bruscamente el libro se abrió por la mitad. Las dos cubiertas exteriores se estremecieron al golpe que las asentó sobre el enorme atril.

Miré, asustado: sobre las páginas centrales, como un haz de luz superpuesta, un inmenso rectángulo se dibujó orlado de púrpura y líneas cerúleas; y en su flotante superficie que se movía como el mar en calma, de un fondo de ébano brotaban signos y palabras de fuego que revelaban el enigma de los enigmas. El secreto del universo, como una lámina palpitante de claridad y de energía, se ofrecía a mis ojos y estupefactos en no muchas palabras ni muchas líneas ni muchos signos.

Al primer impacto quedé mudo de admiración. Parecía todo tan simple, tan sencillo, tan fácil de aprehender. La risa me conmovió: ¿cómo podía ser tanta la estupidez humana —la misma— para no haber entendido que lo más pequeño puede dar razón de lo más grande?

Mira con más fijeza. De pronto cada línea, cada palabra, cada letra, cada signo se fueron desplegando en interminables fases y líneas de vinculación recíproca transformándose, cada signo gráfico en todo un mundo de cosas y significaciones que no tenían término. El vértigo de la inmensidad me acosó: me perdía en un orbe de estructuras y relaciones portentosas que se excedían mi poder de comprensión. Había pasado, de la extrema simplicidad, a la vertiginosa multiplicidad. El Arcano de los Arcanos que se diera inicialmente en un sólo pétalo de fino dibujo lineal, se transformaba en una selva monstruosa de dimensiones abrumadoras, variadísima de formas y colores, de espesuras y penumbras, capaz de marear la cabeza más sólida. Pero también, aunque no alcanzaba a precisar el fenómeno, yo sentía o presentía que ese universo cifrado comenzaba a desplegarse dentro de mi mente. De lo sencillo habla pasado a lo galáctico.

El gran secreto era pequeño, misteriosamente mínimo como una gota de agua, y simultáneamente gigantesco, inabarcable como los espacios siderales. De la combinación de ambas realidades, surgía una tercera tensión de fuerza: sin tregua, sin descanso lo menor marchaba hacia lo grande y lo grande se fundía en lo menor. Como una luz que se encendiera y se apagara sucesivamente, sin dejar jamás de oscilar entre el brillo y la sombra, las letras del extraño alfabeto que yo comprendía por instantes latían como corazones vivos y me transmitían su sentido.

Cuando llegué a captar, fugazmente, la esencia y el sentido de la pavorosa revelación quedé en suspenso: ahí estaban la fórmula, los signos, las palabras, la oración de una gramática inefable que parecía expresar las voces de Dios enseñando a su criatura por qué, para qué, cómo había conformado el trágico universo donde todo se desvanece sin que nada si pierda.

En un segundo, con la subitaneidad del relámpago, lo comprendí todo: lo aprehensible y lo inaprehensible, lo extrahumano y lo divino, lo real y lo imaginario, el dúplice movimiento de avance y retroceso con que palpitan las últimas partículas, las fugas de astros y galaxias, y por qué el hombre, aunque en una mínima esfera de tierra y agua, tiene el poder de concentrar en sí la síntesis de lo finito y la intuición de lo infinito, evocando en maravillosa anamnesis millones de años atrás, vislumbrando en viajes por el tiempo millones de años adelante. En suma: tuve la revelación del Misterio.

Fué una experiencia portentosa. Algo que excedía en mucho, a todo lo soñado. De aterradora simplicidad, de vertiginosa complejidad. Rompió mi corazón muchas veces, lo volvió a reconstituir sangrante y aturdido. Ofuscó mi mente antes de otorgarle la pesadumbre obsesionante de la revelación final.

Entonces comprendí que no se puede arribar al Gran Secreto, sin haberlo padecido y buscado largamente. Sólo el individuo, único en su única y atrevida empresa, aunque ella se repita por otros —siempre en singular andadura— puede levantar el Velo de Isis y mirar lo que guarda.

Aun puedo agregar que la posesión del Arcano de los Arcanos no da felicidad sino un pavoroso desasosiego. Acelera la sangre, revoluciona el cerebro, quita el sueño, ensombrece las diurnas claridades.

El Ángel Caído fué el primero en conseguirlo, y lejos de humillarse ante el Creador por la gracia de la Revelación que le concedió, quiso medirse con su Señor, se sintió Dios y por ello fué precipitado en las tinieblas.

Cuán sabio es el Eclesiastés al decir que añadir ciencia es añadir dolor.

Yo, que alcancé lo que muy pocos santos, pensadores e iniciados alcanzaron sé el altísimo precio que se paga por conocer, en una, las últimas verdades.

Ahora, retirado del mundo, en la paz de un convento, comprendo que el secreto del universo puede ser encontrado pero jamás transmitido. El Uno y el Todo siguen su marcha prodigiosa. Comunican sin tocarse.

Y el Señor enseña que al muy ambicioso y al muy sabedor les aguardan días de aflicción y desencanto.

Porque es mejor que el Misterio guarde las puertas de la Vida y de la Muerte. Y que el Universo prosiga su marcha indescifrable ante la mirada atónita de los hombres.

La presente primera edición de "EL SECRETO". Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)